

maghenta
EDITORIAL

El legado Nerfall

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.ª Edición.

© Ralph Carter, 2006.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-055/07
I.S.B.N.: 84-935197-8-2

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

El legado Nerfall

RALPH CARTER

maghenta
EDITORIAL

A mi madre, la primera persona que leyó esta novela y me aportó sus comentarios, y que desafortunadamente ya no está conmigo para verla publicada. Y a mi padre, siempre a mi lado, y responsable en gran medida de todo cuanto he logrado.

LONDRES, 1872

Empujó la puerta con energía y se introdujo con paso firme en el establecimiento. Pasó casi sin mirar entre las mesas y las estanterías llenas de libros, dirigiéndose hacia el fondo de la sala donde se encontraba el propietario de la librería. Estaba atendiendo a un cliente y en cuanto le vio entrar hizo una señal a uno de sus empleados para que ocupara su lugar y se dirigió a su encuentro.

—Se ha dado mucha prisa en venir doctor —le dijo el librero con una sonrisa forzada.

—Sí, tengo un día muy ocupado —dijo el doctor Fallner sin poder ocultar su impaciencia.

—Lo tengo en mi despacho. Acompañeme.

Ambos hombres se dirigieron hacia un extremo de la librería, en el que se encontraba el despacho del propietario. Una vez dentro, éste le invitó a sentarse en una silla frente a la gran mesa de caoba que dominaba la habitación. Mientras el doctor Stuart Fallner se sentaba, no sin dejar de mostrar síntomas de ansiedad, su anfitrión sacaba del bolsillo de su chaleco una pequeña llave prendida al mismo mediante una delgada cadena de oro. Introdujo la llave en la cerradura de un secreter situado a la izquierda de la mesa y lo abrió. Extrajo de su interior, con estudiada lentitud, un volumen de gran tamaño, de gruesas tapas, de un material poco común a primera vista y con signos evidentes que delataban su antigüedad aunque, extrañamente, apenas mostraba señales de deterioro. A juzgar por el gesto del librero sosteniendo el libro con ambas manos, debía de ser pesado, circunstancia que el doctor Fallner no percibió al recogerlo. La primera sensación que tuvo al sentir el libro en sus manos fue de incredulidad. Había visto antes de cogerlo las inscripciones en el lomo y alrededor del título. «¡Podía ser el libro que tras quince años de investigación estaba buscando, aquello por lo que había sacrificado tanto!». Una extraña y amarga sensación le inundó rápidamente. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para evitar que se le saltaran las lágrimas y que cualquier gesto delatara su excitación.

—Por la expresión de su rostro, deduzco que el libro es de su interés —dijo el librero interrumpiendo al doctor en su estado casi de sublimación—. Lo envió un colega de Manchester al que recientemente conocí en un viaje que realicé a Bristol, con mi esposa. Tuvimos ocasión de hablar sobre libros ampliamente, como puede imaginar, y en una ocasión le hablé de su interés por los libros antiguos, con extraños símbolos y grabados sin sentido aparente. La semana pasada me envió una carta indicándome que un libro

de esas características había aparecido entre una colección que había adquirido en una subasta. Inmediatamente le contesté diciéndole que lo enviase, con el convencimiento de que usted estaría interesado.

—¡Lo estoy! —dijo finalmente con ansiedad Fallner—. ¿Cuánto quiere su colega por el libro?

—Bueno... —balbuceó el comerciante, saboreando la venta que se avecinaba— he intentado que bajase un poco en sus pretensiones, porque en un primer momento quería diez libras, pero he conseguido que lo dejase en ocho libras, no he podido...

—¡Está bien, está bien! —interrumpió al librero mientras nerviosamente extraía de su chaqueta el dinero— le pagaré ocho libras. Contó las monedas y las dejó sobre la mesa. Acto seguido, cogió el libro y se incorporó. ¡Gracias por todo! Buenas tardes.

Casi sin dar tiempo al librero a contestarle abandonó la habitación con pasos rápidos y vigorosos, alcanzando la puerta y saliendo a la calle, donde tenía esperando un coche. A la vez que subía en él dio la orden al cochero de ponerse en marcha. Mientras, el librero apenas daba crédito a lo ocurrido. El doctor Fallner no había regateado el precio como en otras ocasiones, por lo que en ésta iba a ganar más de cuatro libras por aquel viejo libro. Pensó que el doctor, por fin, se había vuelto loco. «¡Pagar semejante cantidad de dinero por un libro que estaba escrito en un idioma desconocido!».

El doctor Fallner llegó a su casa en Braintree, tras varias horas de viaje. Había enviado a sus hijos a pasar unos días con los padres de su esposa, y había dado el día libre a los sirvientes. Estaba solo, no quería que nadie le interrumpiese. Nada más entrar en la casa se dirigió a su estudio, lanzó su abrigo sobre una butaca y se sentó en su mesa. Depositó el libro sobre la misma lentamente, frente a él, y tras unos instantes observando fijamente aquellas inscripciones, hizo una inspiración profunda y lo abrió comenzando su lectura, comprendiendo aquellos símbolos con la facilidad que le daba el haber estudiado y descifrado aquella escritura hacía ya ocho años. El reloj de la pared dio las doce del mediodía.

A las seis y media de la tarde había leído la mayor parte del libro y su rostro no reflejaba cansancio, sino alegría, excitación, fuerza. «¡Aquél era el libro que tanto había buscado!, la llave de su descubrimiento, la que le abriría las puertas del reconocimiento de todos aquellos que siempre habían despreciado sus teorías en el pasado, y tanto habían reído y celebrado su retiro voluntario de la investigación y de la docencia. ¡Por fin había llegado su hora! ¡Debía darse prisa!».

Se dirigió a una de las paredes de la habitación, arrodillándose frente a esta. Pulsó con fuerza en el extremo de una de las tablas del suelo, próxima al zócalo de la pared, y aquella se levantó. Introdujo su mano en el hueco resultante, y sacó una llave. Se puso de pie, y se dirigió hacia el mueble situado a su espalda. Metió la llave en la cerradura, y lo abrió. Cogió un pequeño maletín negro, y dentro guardó un par de frascos de cristal y una vela de cera. Cerró de nuevo el armario, y devolvió la llave a su escondite. Con el libro bajo el brazo, y el maletín en la otra mano, salió de su estudio para dirigirse al sótano de la casa.

Una vez allí, encendió un quinqué, con el que iluminar el lugar, y acto seguido, se dedicó a buscar en el interior de un viejo y desvencijado mueble. Finalmente encontró lo que buscaba. Un frasco de pintura y un pequeño pincel. Lo dejó todo en el suelo junto a las escaleras por las que había bajado e inició su tarea. Primeramente se ocupó afanosamente en despejar de objetos el centro de la escasamente iluminada estancia. Desplazaba con impaciencia y cierta torpeza los muebles viejos y todo tipo de artugios que llenaban el lugar, amontonándolos como podía, cerca de los muros. A veces se veía obligado a cambiarlos de sitio nuevamente, buscándoles nuevas ubicaciones, al darse cuenta de la necesidad de mayor espacio para sus propósitos. Finalmente, y tras una mirada a su alrededor, consideró que la estancia estaba de manera adecuada a sus fines.

Recogió el bote de pintura junto con el pincel y comenzó una nueva y frenética actividad. Empezó a dibujar en el suelo, con trazos nerviosos y rápidos, figuras, símbolos y líneas carentes de sentido para cualquiera que las hubiese podido ver. En ocasiones se detenía para consultar algunas partes del libro para continuar, acto seguido, dibujando en el suelo. Cuando hubo terminado, levantó su rostro y vio a través del pequeño ventanuco del sótano que el sol se había puesto. Sonrió a la vez que secaba su frente empañada de sudor. Pronto podría descubrir si aquel libro era o no auténtico. Lo que había estado buscando.

Se sentó sobre una caja de madera, que seguramente contendría recuerdos de tiempos pasados, quizás de su querida Mary. «¡Cuánto hubiese deseado que ella estuviera allí en aquellos momentos! Mostrarle sus descubrimientos y convencerla de que toda su vida dedicada al estudio y la investigación tenían un sentido». Desgraciadamente la muerte se la había llevado hacía varios años y ya no podría convencerla. Falleció triste y sintiéndose sola. Vencida por una obsesión, la que tenía a su marido hora tras hora, día tras día, encerrado en su biblioteca o en archivos y bibliotecas de todo el país, cuando no se dedicaba al ejercicio de la medicina.

Aquellos pensamientos le llevaron a un cierto estado de sopor, o quizás a quedarse dormido por unos instantes. Cuando reaccionó, la noche lo inundaba todo y el sótano sólo estaba iluminado por la tenue luz del quinqué. Extrajo del bolsillo del chaleco su reloj y consultó la hora. «¡Medianoche, el momento se acercaba!». Lentamente se levantó. A pesar del frío sudaba y sentía latir su corazón acelerado y golpeando su pecho con fuerza. Abrió el pequeño maletín, se situó frente a los dibujos que había realizado anteriormente y dibujó con el contenido de uno de los frascos de cristal, un fino polvo de color amarillento que había bajado en el maletín, un círculo en el interior de las extrañas inscripciones. Cuando hubo completado el círculo realizó un segundo, de mayor tamaño, que encerraba al primero y a los extraños símbolos con el contenido del segundo frasco, una sustancia viscosa de color marrón.

Depositó los frascos sobre un mueble viejo y buscó la vela de cera. La encendió y se aproximó a los dibujos de nuevo. El corazón le latía aún con más fuerza que antes y el sudor frío había sido sustituido por una sensación de vacío en el estómago. El momento que tanto había esperado se acercaba. Si su teoría era correcta, en pocos

minutos encontraría respuesta a buena parte de las preguntas que se había propuesto responder cuando inició sus estudios, y las que se habían planteado otras muchas personas antes que él.

Tomó aire, respirando profundamente un par de veces y se situó en el centro de los círculos. Cerró sus ojos por unos instantes y, finalmente, acercó la llama de la vela al círculo exterior; la sustancia viscosa comenzó a arder con facilidad, un olor acre lo inundó todo y, en segundos, un aro de fuego iluminó el centro de la estancia. Stuart Fallner pronunció unas palabras, aquellas palabras que tan bien conocía, pues llevaba años viéndolas y estudiando su significado, un significado que tras años de estudio se revelaba claro y atrayente.

—*Nomec sumertit lavar. Nomec lemaneir tahe. nomec lunec sevir inteza. Lunuc estivar estogar.*

Pronunció estas palabras con firmeza, en voz alta, tras lo cual el círculo de fuego pareció que aumentaba en altura. Esperó unos instantes y acercó la vela al segundo círculo que, como el primero, se transformó rápidamente en un anillo de fuego a la vez que llenaba el ambiente de un olor aún más penetrante y fuerte. Stuart Fallner pronunció unas nuevas palabras.

—*Nomec sumertit vitar. Nomec lemaneir sebar. Nomec huver renic. Lunuc estivar estogar.*

Las llamas, de pronto, aumentaron de altura. El sótano quedó totalmente iluminado, proyectándose en las paredes y el techo las sombras de cuantos objetos allí se encontraban, produciendo figuras grotescas e irreales. Un viento frío que parecía proveniente del centro de los círculos en llamas comenzó a bañar la estancia, los pequeños objetos eran barridos por el viento, chocando unos con otros, contra las paredes y el techo del sótano. A pesar de ello las llamas no sólo no se apagaban, sino que parecían tener cada vez más fuerza. Stuart Fallner tuvo que proteger su rostro ante el viento que le azotaba, y la gran luminosidad de las llamas. Empezó a sentir miedo. Hasta aquel momento estaba totalmente ensimismado en su descubrimiento, sin pensar en nada más. Ahora tenía la sensación de haber desatado algo que no podría dominar.

Una explosión que le lanzó por los aires contra una de las paredes le sacó de sus premoniciones y miedos y le dejó sin sentido. Una columna de luz se elevó desde el centro de los anillos en llamas y, de repente, todo cuanto había en la estancia fue absorbido a su interior. Tras unos instantes la columna de luz desapareció, el viento se detuvo y los anillos de fuego fueron paulatinamente extinguiéndose.

Finalmente sólo quedó aquel sótano vacío con aquellos extraños símbolos y dibujos en el suelo.

NUEVA YORK, 2006

Era tarde, y la noche cubría toda la ciudad. La joven caminaba con rapidez, sujetando el bolso contra su cuerpo, con fuerza, con su mano derecha. Con la otra luchaba por cerrar al máximo las solapas de su abrigo en un intento por protegerse del frío. Un gesto más mecánico que efectivo. Quería llegar pronto a casa, estaba cansada, y además aquellas horas no eran muy apropiadas para andar sola por la ciudad. Sobre todo aquellos días en que a un loco le había dado por asesinar a mujeres de manera brutal, causándoles heridas tan tremendas que la policía desconocía como las producía.

Si ya por sí misma la ciudad de Nueva York era un lugar poco recomendable en ciertos lugares y a determinadas horas, aquel nuevo capítulo de crímenes brutales era la gota que colmaba el vaso, trayendo de cabeza a todo el mundo. Los padres preocupados por sus hijos ante un retraso de cinco minutos, las mujeres regresando a sus casas directamente desde el trabajo o las escuelas, sin detenerse más que lo indispensable. El miedo se empezaba a adueñar de las gentes.

Eso es lo que hubiese hecho ella aquella tarde de no ser por el cretino de su jefe, que se había empeñado en acabar aquellos informes y le había pedido el favor de quedarse a terminarlos. «El favor –pensó ella– ¡y un cuerno!», aquello era una orden, ni más ni menos. Menudos gritos habría pegado aquel energúmeno si se hubiera negado a quedarse un par de horas más. No tenía otra opción que quedarse y acabar aquel trabajo si quería conservar su empleo, y tendría que terminarlo lo antes posible. Lo malo fue que el maldito ordenador se bloqueó durante más de una hora. «Seguramente porque el seboso de su jefe habría estado metiendo las manazas en la red informática de la oficina». Y lo que tendría que haber durado un par de horas, a lo sumo, se convirtió en tres horas y media. Y ahora allí estaba ella, dirigiéndose del metro a su casa por aquellas calles vacías, llenas de rincones oscuros y sombras desconocidas.

Lo cierto es que aquel trayecto, de apenas trescientos metros, le ponía los pelos de punta. No era normal que a aquellas horas estuviese aún en la calle, sólo de vez en cuando tenía que quedarse algún rato más en la oficina, pero cada vez que aquello sucedía, sobre todo en invierno, aquel trayecto se convertía en un pequeño suplicio. Siempre sentía que era vigilada y, de manera constante, su mente se veía invadida por el temor de ser la víctima de un asalto. La imagen del *yonqui* poniendo el estilete en su cuello, a la vez que le quitaba el poco dinero que llevaba encima, se repetía en su cerebro una y otra vez.

¡Ya estaba llegando! Sólo doblar la esquina, caminar veinte metros más y llegaría a su edificio.

No pensó nada más, no tuvo tiempo. Algo oscuro, una sombra que vio apenas de reojo, surgida de la oscuridad, se abalanzó sobre ella. Ni siquiera pudo gritar. Lo intentó, quería hacerlo pero no podía articular palabra, algo oprimía su garganta, no podía respirar. Sentía cómo se ahogaba, cómo se escapaba su vida. Lo último que sintió antes de perder el conocimiento era que no pisaba el suelo. Sus pies se balanceaban en el aire de un lado a otro, sin control. Su atacante la llevaba en vilo, sujeta por el cuello, a algún lugar que no sería su apartamento.

El teléfono sonó. Soltó una exclamación y salió de la ducha cubriéndose con una toalla. Se dirigió por el pasillo hasta el salón dejando un rastro de agua a su paso.

—¡Diga! —contestó irritada.

—¡Linda, soy Elisabeth!, ¿estás sentada?

—No, me estaba dando un baño, se breve por favor.

—Oh, siento haberte interrumpido, pero no podía esperar a verte esta tarde para contártelo, Steve Sauber vendrá a mi fiesta del sábado.

—¡Genial! ¿Y quién diablos es Steve Saber? —contestó Linda.

—Sauber, Steve Sauber. Es aquel chico moreno que estaba con Martin en el gimnasio.

—Está bien, Steve Sauber va a ir a tu fiesta, ¿y qué?

—Pues eso, esta buenísimo, es guapísimo y está como un tren. Sólo quería que lo supieras. ¡Bueno Linda, te veo esta tarde en Charlie's! Adiós.

Linda colgó el auricular y regresó a la ducha maldiciendo por el camino a su amiga Elizabeth. Algún día la iba a estrangular, era simpática y amable, pero algún día...

Terminó de arreglarse y salió de su apartamento en dirección a la universidad. Caminaba con paso acelerado, cargada de libros y mirando de tanto en tanto la hora en su reloj de pulsera. Como siempre, llegaría tarde a la clase del profesor Stilman. Se detuvo ante un kiosco para comprar alguna revista y, mientras esperaba que le devolvieran el cambio de su billete de diez dólares, su vista se fijó en el titular de uno de los periódicos que anunciaba la aparición de una nueva mujer descuartizada en la zona del Bronx. Era la cuarta víctima en los últimos dos meses, la policía no tenía pista alguna del responsable de semejantes crímenes, y la prensa empezaba a criticar abiertamente al responsable de la investigación.

No se fijó en el hombre que seguía sus pasos hacía un buen rato. Desde que abandonó su apartamento. La siguió hasta la universidad, la vio entrar en el edificio de la facultad de medicina, y se quedó fuera, esperando.

El capitán Graham Holmes era un hombre alto, corpulento, con incipiente estómago. Llevaba quince años en la policía, y desde hacía cuatro, en que ascendió a capitán,

dirigía el departamento de homicidios. Jamás, a lo largo de su ya dilatada carrera, se había encontrado con algo igual, y podía contar casos verdaderamente espeluznantes. Describir escenas de crímenes que habrían hecho vomitar a la mayoría. De hecho eso es lo que había sucedido en más de una ocasión. En esas oportunidades solía preguntarse por la reacción de esas personas, de haber estado presentes en la escena de un crimen.

Le gustaba su trabajo, era un tipo minucioso, observador, que se dejaba llevar por la investigación. Cuando iniciaba un caso no descansaba hasta encontrar la solución. Disfrutaba incluso sabiendo que sus subordinados le apodaban *Sherlock*, el mote que le pusieron sus compañeros, nada más ingresar en la academia, cuando se enteraron que se apellidaba Holmes. Aunque no se le había ocurrido reconocerlo en público. ¡Sólo faltaba que se lo llamasen en la cara! ¡No iría muy bien con el principio de autoridad!

Acababa de reunirse con el alcalde y con el jefe de policía. Y como siempre que un caso asustaba a la población, y por tanto a miles de futuros votantes, los responsables políticos de la comunidad se ponían nerviosos y exigían resultados a sus subordinados, amenazando con cortar cabezas. Aquello no era nuevo para Holmes y, de hecho, él mismo lo consideraba una más de las obligaciones de su cargo. Pero en aquella ocasión, ese problema se volvía más acuciante, ya que en la mente del alcalde y en la del jefe de policía sólo había sitio en aquellas fechas para pensar en las próximas elecciones municipales.

Cuando terminó la reunión, y una vez instalado en su despacho de la central de policía, desplegó por su mesa las fotos de los cuatro crímenes y volvió a examinarlas por enésima vez. No podía imaginarse quién sería capaz de hacer semejante carnicería. En un primer momento las pesquisas se dirigieron hacia los ambientes satánicos, en la creencia de que pudieran tratarse de asesinatos rituales o algún tipo de sacrificio. Pero no se había obtenido resultado alguno por esa vía. De hecho, los expertos en la materia dudaban que los crímenes fuesen obra de alguna secta o algún seguidor de cultos satánicos, ya que las lesiones y mutilaciones, así como las partes del cuerpo que faltaban en los cadáveres, no encajaban con los rituales conocidos de los adoradores de Satán ni con ningún grupo pseudo-religioso conocido.

Había, por otro lado, un dato que apoyaba esa tesis y que Holmes quería mantener en secreto. Algo que sólo conocían el alcalde, el jefe de policía, el forense, dos de sus detectives y él mismo. Todos los cadáveres mostraban heridas producidas, aparentemente, por dientes de una tipología similar a la humana pero algo más grandes, sin que el forense pudiese establecer con rotundidad a qué o quién podían pertenecer.

Holmes estaba cada vez más convencido de estar ante un caso de canibalismo. En las calles de Nueva York andaba suelto un asesino que se comía a sus víctimas, o partes de éstas, y tras dos meses de investigación no tenía nada. Su única esperanza era que su asesino cometiese un error, que quedara algún rastro en el lugar del crimen o sobre el cuerpo de la víctima, pero era tal el destrozo que hacía con los cuerpos y las condiciones de los lugares en donde aparecían: edificios abandonados, vertederos, etc., eran tan poco higiénicos, que hacían difícil encontrar una pista o una huella fiable.

Una cosa más preocupaba a Holmes. Los tres primeros asesinatos se produjeron con un intervalo de dos semanas entre cada uno aproximadamente, pero el último se produjo con un intervalo de una semana. Cabía la posibilidad de que el asesino sintiera cada vez con mayor frecuencia la necesidad de matar. Tenía que detenerlo, no porque su trabajo pendiese de un hilo, tal y como le había explicado el alcalde, aunque no utilizó precisamente ese término, sino por que había que detener a ese animal, y ese era su trabajo.

El sonido de su teléfono interrumpió sus pensamientos. Inspiró profundamente un par de veces y descolgó el auricular:

—Capitán Holmes –contestó.

—Malas noticias. Creo que deberías pasarte por aquí inmediatamente –la voz era de Harry Pitman, el forense encargado de los asesinatos de las muchachas.

—Salgo ahora mismo –contestó el policía sin que su rostro, ni su voz sufrieran alteración alguna.

Colgó el auricular con lentitud y se recostó en su asiento lentamente, alzando la vista al techo. Se preguntaba que sería. No le había preguntado nada a Harry porque le conocía lo suficiente para saber que se trataba de algo que no debía hablarse por teléfono. De la misma manera, sabía que algo serio ocurría. Algo que no le iba a gustar. Y al alcalde y al jefe tampoco. Respiró profundamente un par de veces, se incorporó y se puso en camino.

El doctor Harry Pitman llevaba veinte años trabajando como forense. Precisamente su larga experiencia fue lo que decidió que se ocupase él de los análisis de los cuerpos de las muchachas. Era de complexión mediana, con el pelo canoso que empezaba a denotar síntomas de escasez y usaba unas pequeñas gafas de montura metálica, que el capitán Holmes jamás le había visto quitarse.

Cuando los dos hombres se encontraron apenas se oyeron sus saludos mutuos. El doctor se dio la vuelta y penetró en la sala de autopsias seguido del capitán. Se dirigió a la mesa central de las tres de que disponía la sala y retiró la sábana que cubría los restos de lo que días antes había sido una hermosa joven. Holmes no pudo reprimir un gesto de dolor mientras se situaba frente al doctor, al otro lado de la mesa.

—En un primer análisis –comenzó a explicar Pitman– busqué las huellas de dientes, como un mero formalismo para confirmar que se trataba del mismo asesino, y encontré fácilmente las marcas de varios dientes. Pero note algo raro, aunque en un primer momento no pude saber por qué me llamaban la atención aquellas marcas. Sin saber que era, me dediqué a analizar las heridas y a establecer los órganos internos que faltaban esta vez. De repente me di cuenta de qué era lo que me extrañaba. ¡Mira! –y señaló una parte del abdomen de la víctima, a la vez que le mostraba una foto, que el capitán reconoció como del cuerpo de la tercera víctima.

—¿Qué se supone que debo mirar? —inquirió el policía—. Son las marcas de los dientes, en los dos cuerpos, aparentemente.

—Vuelve a mirar, y esta vez fíjate bien. ¿No ves que falta la marca de un diente? —explicó el doctor mientras le señalaba en la foto con su bolígrafo.

—Sí, a nuestro asesino le falta un diente, ¿y qué? —dijo con cierta ironía— ¿Vamos a preguntar a todos los dentistas de la ciudad...?

No terminó la frase, del rostro del doctor sus ojos fueron a los restos de la muchacha sobre la mesa y de ahí a la fotografía que aquél seguía sosteniendo en su mano. Finalmente volvió a mirar al forense, el cual asentía con la cabeza. Sabía que el policía acababa de darse cuenta de lo que intentaba contarle.

Holmes se dio la vuelta y abandonó la sala de autopsias. Caminó por los pasillos del depósito como un autómata. Varios médicos forenses y policías que se cruzaron con él le saludaron, pero no les devolvió el saludo, no los vio. Entró en el despacho de Pitman, que le seguía a un par de pasos y, sin dudar, abrió el cajón del archivador, situado tras la puerta, por la letra B. Extrajo una botella de bourbon y dos vasos y se sentó frente a la mesa de trabajo del forense. Puso los dos vasos de cristal encima de una pila de informes, ya que era imposible encontrar un hueco libre en aquel maremagnum de papeles y libros. Destapó la botella y llenó ambos vasos hasta la mitad. Tendió uno de ellos a Pitman y se bebió el suyo de un trago. Miró el fondo del vaso fijamente, lo dejó de nuevo sobre la mesa y mirando al doctor le dijo:

—Supongo que no cabe la posibilidad de que aquel diente, cuya marca no aparece en las demás víctimas, haya crecido espontáneamente o que le haya tratado un buen dentista.

—He obtenido un modelo por ordenador de la dentadura capaz de hacer esas heridas, y lo he comparado con el que obtuve de los datos de las otras víctimas, se trata sin ninguna duda de una marca de dientes diferente —explicó el doctor—. Curiosamente, tienen ambas las mismas dimensiones, el mismo arco de mordedura, la misma anchura. Pero las piezas dentales son diferentes.

—Lo que significa que no perseguimos un asesino sino dos.

—Es una posibilidad. Las heridas no dan lugar a otra explicación. Pero si se trata de algún tipo de herramienta, como ya hemos barajado, estaríamos ante un único asesino con dos mandíbulas, o lo que quiera que sea que utiliza, o tenemos un segundo atacante.

—La cuestión es por qué estas nuevas marcas aparecen ahora. ¡Ha esperado hasta la cuarta víctima para utilizarlas! —se quejó Holmes.

—Puede que haya perdido las primeras.

—¡Sí, claro, o que las llevó al dentista para una revisión!

—Es una hipótesis —dijo el médico sonriendo.

—En cualquier caso, ¿para qué diablos las muerde, o señala de ese modo?, —se preguntó el policía— esas heridas no son mortales. Las mata más tarde, cuando las mutila.

—Ya te dije lo que pienso. Le debe gustar torturarlas antes. Todas las marcas de dientes que he encontrado en el cadáver son de la misma dentadura, no he encontrado marcas de la primera dentadura.

—Es decir, que si se trata del mismo tipo que usa dos dentaduras, todo sigue igual, pero sino es así tendríamos por lo menos a dos asesinos trabajando juntos, o imitándose.

—No puedo ser tan tajante —contestó el doctor— sólo sé que en las tres primeras víctimas las marcas de dientes corresponden a una dentadura, y en la última víctima las marcas son de otra. Y no estoy muy seguro, pero no creo que determinadas mutilaciones se pudieran producir con la actuación de un único individuo.

—Luego descartas que sea un único asesino.

—Ya te he dicho que no estoy seguro. Pero cada vez me convengo más de que las mutilaciones se producen mientras las víctimas están con vida. No esperan a que mueran, y en ocasiones confieso que me resulta difícil creer que semejantes daños sean causados por un ser humano.

—Prefiero no seguir por esa línea —concluyó Holmes.

Linda terminó de recoger sus apuntes y se levantó de su asiento. Estaba cansada, como casi siempre que acudía a una de aquellas tediosas y aparentemente interminables clases del profesor Menhouse. Abandonó el aula y se encaminó por los pasillos de la facultad hasta la cafetería. Tras unos instantes en la fila del autoservicio comenzó a llenar su bandeja de alimentos, cuando hubo terminado volvió a sufrir por unos instantes la fila para pagar. Fue allí donde tomó consciencia de todo lo que había en su bandeja. Pensó que debía de hacer algo para perder su apetito o ese verano iba a tener serios problemas para entrar dentro de la talla 36 sin que las costuras estallasen.

Buscó un lugar donde sentarse. Al fondo del local vio una mesa vacía. Dejó primeramente sus libros, luego la bandeja, descolgó su bolso del hombro y se sentó. Al hacerlo, fijó su mirada en un hombre que le resultó extraño. La estaba mirando a los ojos. Ella bajó la mirada y se dedicó a abrir el envase de leche de su almuerzo. Cuando lo hubo hecho sintió la necesidad de volver a mirar a aquel tipo. Lo hizo, y de nuevo él la estaba mirando. Mantuvieron sus miradas durante un par de segundos y ella, ligeramente turbada, casi nerviosa, confundida, volvió a centrarse en su comida.

Pero no podía seguir pensando en aquel hombre. Le resultó raro que alguien como él pudiera estudiar en aquella universidad. Aparentaba los cuarenta, tenía visibles entradas en su pelo negro, que peinaba hacia atrás, y vestía de manera descuidada. Podía pensarse que hacía diez años que no renovaba su vestuario. Volvió a mirar, pero ya no estaba allí. Lo buscó por la cafetería, recorriéndola por completo con la mirada, pero no lo encontró. En el lugar donde estuvo sentado, sólo quedaba un refresco medio vacío y

los restos de un sandwich. Se dijo a sí misma que sería algún exuniversitario nostálgico del ambiente estudiantil o un profesor despistado tras años de dedicarse a la investigación. No volvió a pensar en aquel hombre durante el resto de la comida.

No se le ocurrió pensar que volvería a encontrarse muy pronto con él.

Abandonó la cafetería rápidamente, sus miradas se habían cruzado dos veces. Ella se había fijado en él, no cabía duda, y ello podía poner en peligro lo que tenía que hacer. No podía hacerlo allí, delante de tanta gente, debía esperar el momento adecuado y con toda la discreción posible. Abandonó el edificio y buscó una cabina telefónica desde la que se podía divisar la salida. Cuando la muchacha lo abandonase, él la vería.

Introdujo varias monedas en el teléfono y marcó un número de memoria. Esperó a oír las señales de llamada. A la sexta descolgaron el teléfono al otro extremo de la línea.

—¿Diga?

—Soy Tim, creo que la he encontrado.

—¿Estas seguro?, no podemos cometer errores Tim, están demasiado cerca.

—Lo sé, todo encaja, sus antepasados, los lugares donde ha vivido.

—Bien, volaré hacia allí mañana, en el vuelo de las 10:30, hora de Londres, de British Airways. Mientras, ocúpate de ella tal y como hemos planeado. ¿Hay indicios de que *ellos* también la hayan descubierto?

—No estoy seguro, están en la ciudad no hay duda, pero no sé cuántos son.

—Está bien, mantente alerta. Hasta pronto.

—Me ocuparé de todo Brian, no te preocupes.

Colgó el auricular y abandonó la cabina, apostándose seguidamente junto a un árbol. Cuarenta y cinco minutos después la joven abandonaba el edificio rumbo a su apartamento. La siguió a distancia, con precaución. Debido al incidente de la cafetería no debía dejar que le viera de nuevo. Montó guardia frente a su apartamento como venía haciendo desde hacía tres días, aunque allí tenía un coche desde donde disponía de una buena visión del portal y de las ventanas de su apartamento, y él quedaba a cubierto. Y, sobre todo, cómodamente sentado y sin pasar excesivo frío por las noches.

A las seis de la tarde la muchacha dejó su apartamento. Previamente un taxi se había detenido junto al portal. Tim la vio salir y subirse en él, arrancó su coche y la siguió a cierta distancia, aunque no excesiva, ya que el tráfico empezaba a ser denso y en cualquier semáforo, o en una maniobra rápida, podía quedarse cortado y perderla. Fue entonces cuando vio algo que se movía en el callejón, junto a la casa de la joven. Pero no pudo mirar con atención, ya que debía prestarla a la conducción. A pesar de todo, lo que creyó haber visto le inquietó. Podía ser un vagabundo rebuscando en la

basura o niños jugando, se dijo. Quizás todo fuese debido a un exceso de nervios. Pero la duda seguía existiendo y en su subconsciente empezó a dibujarse la sombra del miedo.

La muchacha se reunió con sus amigos, que la esperaban a la entrada de una sala de fiestas, Tim pasó de largo con el coche, viendo cómo se apeaba del taxi a la vez que saludaba a sus amigos. Aparcó unos diez metros más allá de la entrada del local, al otro lado de la calle. Apagó el motor y se mantuvo a la espera.

Algo le sobresaltó, su cuerpo se convulsionó y, tras unos segundos de incertidumbre, fue consciente de donde se encontraba y lo que había sucedido. Presa del cansancio acumulado de los últimos días se había quedado dormido. Miró su reloj, eran las doce y media de la noche y apenas circulaban vehículos por la calle. No supo cuánto tiempo había estado dormido y, lo que era aún peor, no podía saber si durante aquellos instantes la muchacha había abandonado el local. Dudó unos segundos y se bajó del coche, dirigiéndose con rápidas zancadas a la entrada de la sala de fiestas. Debía comprobar si la muchacha seguía en su interior. El portero, en cuanto le vio acercarse con aquel aspecto, se puso entre la puerta y él.

—¿A dónde crees que vas? —le dijo en un tono que era más una amenaza que una pregunta.

—Sólo quiero comprobar si una amiga mía, está dentro. No tardaré mucho, en cuanto lo compruebe me iré —e hizo ademán de entrar, esquivando al corpulento portero.

—¡Creo que no lo has entendido amigo! —le dijo el fortachón a la vez que posaba una de sus manos en el hombro de Tim—, aquí no se permite comprobar nada.

Inmediatamente, Tim se revolvió, agarró el brazo del hombre por la muñeca y con un rápido y enérgico movimiento lanzó aquel voluminoso cuerpo contra una de las enormes macetas que franqueaban la entrada al local. Antes de que aquel tipo se diese cuenta de dónde estaba, Tim ya se encontraba en el interior del local buscando con inquietud a la muchacha. Por suerte para Tim, el local no se encontraba muy lleno, lo que facilitó su búsqueda. No la vio, ni a ninguno de sus amigos. Se habían ido.

Aproximadamente a las doce de la noche Linda había empezado a expresar su cansancio a sus amigos, por lo que cuando alguien propuso ir a otro lugar, ella pidió que la dejaran de camino cerca de su casa. Y así lo hicieron, dejándola a unas tres manzanas de su apartamento.

Caminaba tranquilamente. De pronto un ruido llamó su atención, provenía de un callejón mal iluminado. No tardó en descubrir lo que era. Un pequeño gato se asomó tímidamente, dejando sólo la mitad de su cuerpecito iluminado por la luz de la farola que había unos metros más adelante. Linda se puso en cuclillas y llamó al animal,

siseando y frotando los dedos de su mano derecha hacia éste. El gato se acercó a ella lentamente, receloso, pero acabó finalmente restregando su cuerpo contra las piernas de la joven y aceptando de buen grado las caricias. Estuvo unos instantes jugando con el animal hasta que éste, de manera inesperada, se giró hacia el callejón y erizando su pelo y encorvando su cuerpo bufó con violencia. Linda miró hacia la oscuridad buscando la causa de aquel comportamiento, pero no pudo distinguir nada. Finalmente, el gatito se alejó corriendo y la muchacha se irguió y continuó su camino. Cuando había dado media docena de pasos, sintió algo a su espalda, giró su cabeza pero no vio nada. Continuó caminando, unos metros más adelante comenzó a acelerar el paso. Conforme iba avanzando caminaba más y más deprisa. Parecía que su casa se encontraba siempre a la misma distancia por más que caminaba.

De pronto, y al pasar junto a otro callejón, el que había junto al bloque de apartamentos en el que vivía, vio una sombra dirigirse hacia ella a gran velocidad; cuando miró en aquella dirección ya la tenía encima. De pronto todo se llenó de luz a su alrededor.

Tim abandonó el local en el mismo momento en que el aturdido portero se levantaba del suelo con intención de ir en busca del mal nacido que le había hecho aquello. Rápidamente se subió a su coche y se dirigió al apartamento de la muchacha, tenía la esperanza de que ella se encontrase allí. Condujo con rapidez, quería cerciorarse de que se encontraba bien. Debía estar bien, y en su apartamento, de no ser así, no sabría donde buscar.

Cuando dobló la esquina para tomar la calle donde residía la muchacha le pareció ver cerca de la entrada del edificio de apartamentos una mujer. Le pareció que era ella. Conforme se acercaba su corazón latía con más intensidad. A unos veinte metros comprobó con alivio que era la muchacha. Pero apenas empezaba a calmarse cuando vio a aquella cosa abalanzarse sobre la muchacha y arrastrarla hacia el callejón. Aceleró bruscamente y, de la misma manera, giró el volante enfilando el coche hacia el callejón, el cual quedó iluminado por los faros del vehículo. Entonces pudo verlos por primera vez. Eran dos, uno sujetaba a la muchacha por el cuello, el otro parecía que intentaba cogerla por los pies. Cuando se vieron sorprendidos por la presencia del coche, y deslumbrados por la luz de sus faros, se protegieron inicialmente los ojos para, una vez acostumbrados a la luz, soltar a la muchacha y, amenazantes, dirigirse hacia él.

Tim bajo rápidamente del coche con un revólver en la mano que había extraído de la guantera. Apuntó en dirección a la primera figura, la más próxima, y disparó. Se escuchó un gruñido y la figura se contrajo entre gritos. La segunda se abalanzó sobre Tim tan rápidamente que no pudo apuntar, sólo le dio tiempo a realizar dos disparos a quemarropa antes de sentir cómo se le desgarraban la piel y los músculos, en medio de un intenso dolor. El revólver cayó de su mano, sus ojos estaban abiertos, a punto de abandonar sus órbitas, no podía gritar. Apenas un instante después Tim estaba muerto.

Sentía un gran dolor en la garganta, era como si le hubiesen aplicado un hierro ardiendo. Interminables pinchazos intermitentes amenazaban con hacer estallar su cabeza. No sabía lo que pasaba, la angustia empezaba a apoderarse de ella, se encontraba desorientada, no sabía dónde estaba, no recordaba lo que había sucedido, su mente estaba vacía, no tenía recuerdos, ¿qué le sucedía? De pronto empezó a recordar. Sabía quién era, pero no sabía dónde estaba. También se dio cuenta de que no veía nada a su alrededor, todo era oscuridad, ¿estaba dormida?: ¡sí, eso era!, era una desagradable pesadilla. Abrió los ojos medio atontada y vio un techo blanco con una simple luz fluorescente. Aquello no era su apartamento, ni su cama, y los dolores persistían. Debía de seguir soñando. Una voz hizo que girase la cabeza y pudo ver junto a su cama a una mujer vestida de blanco.

—Tranquila, descanse. Se recuperará —le dijo.

¿Estaba en un hospital? ¿Por qué?. Debía de seguir soñando, decidió cerrar de nuevo los ojos y seguir durmiendo con la esperanza de poner fin a aquella pesadilla.

La puerta de la habitación se abrió y el cuerpo del capitán Holmes se asomó lentamente.

—¿Está consciente? —preguntó a la enfermera.

—Aún no —contestó—. El sedante que le administraron es muy fuerte. Empieza a recuperarse, pero todavía está desorientada.

—Avísame cuando despierte.

—Descuide, lo haré.

El policía volvió al pasillo del hospital saludando con un gesto de la cabeza al policía de guardia ante la puerta de la habitación de la muchacha. Había dado orden de que nadie se acercara a ella sin su autorización. Podía ser el único testigo vivo que identificase a los mal nacidos que se dedicaban a matar muchachas en su ciudad. Era la única persona que podía aclarar lo sucedido en el callejón. Aquel hombre muerto, con el cuello desgarrado. Un revólver con tres vainas vacías, que coincidía con la declaración de varios testigos que dijeron haber oído tres disparos. ¿Contra quién disparó? Había una mancha oscura de sangre a varios metros de donde se encontró el cadáver. La inspección ocular indicaba que no correspondía al cadáver y, a juzgar por la cantidad, el tipo debía de haberse desangrado, pero no había más cadáveres. Alguien se lo debió llevar, pero nadie vio ni escuchó salir de allí a ningún vehículo. Y un hombre llevando a hombros el cuerpo moribundo o muerto de otro llamaría la atención. Tampoco se habían llevado a la muchacha. Probablemente no podrían, si debían abandonar el lugar con uno de ellos herido.

Definitivamente, aquel caso excedía con mucho de lo normal. Tenía un mal presentimiento desde que abandonó la escena del crimen, sobre todo cuando el forense se puso a dar gritos a todo el personal ordenando que abandonasen el lugar y quedándose solo él tomando muestras y medidas. Arrodillado sobre el suelo, gateando como un poseso y, de repente, deteniéndose y quedándose inmóvil durante minutos con la vista fija en un punto. Jamás le había visto así y su preocupación aumentó cuando quiso hablar con él y este le dijo gruñendo que se fuera, que debía de realizar un trabajo exhaustivo y que ya hablaría con él cuando hubiese realizado todas las pruebas y análisis.

Realizó las pruebas tres veces con el mismo resultado en cada una de ellas; no cabía duda alguna, aquellas marcas de pisadas sobre el suelo de tierra y su dimensión indicaban que al menos uno de los atacantes debía medir más de dos metros. Pero lo más intrigante era aquella huella sobre el charco de sangre. Era similar a una mano humana, pero con serias y graves deformidades.

Llamó al busca del capitán Holmes y a los pocos segundos su teléfono sonaba.

—Soy Holmes.

—Deberías venir lo antes posible.

—Tardaré un poco. Acaban de comunicarme que la muchacha ha recobrado el conocimiento y quiero interrogarla.

—Está bien, en cuanto acabes ven aquí directamente, no te entretengas, y... —hubo unos instantes de silencio, Holmes estuvo a punto de decir algo pero decidió callar— te cuente lo que te cuente la muchacha anótalo todo, o mejor grábalo, por muy inverosímil que te parezca.

—De acuerdo, no te preocupes. En cuanto acabe iré al depósito.

Colgó el auricular a la vez que volvía a sentir un pinchazo en el estómago. Entró en la habitación esbozando una tímida sonrisa, la muchacha estaba ligeramente incorporada, bebiendo agua a través de una pajita de un vaso que le sostenía la enfermera. Eran muy visibles las marcas en el cuello y procuró no dirigir hacia ellas su mirada para no incomodarla.

—Soy el capitán Graham Holmes, de homicidios —se presentó—. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre lo sucedido anoche.

—Lo cierto es que no recuerdo nada capitán —dijo la muchacha—. Regresaba a mi casa. Unos amigos me habían dejado a un par de manzanas y, de pronto, alguien se acercó por detrás, y me cogió del cuello. Después de eso no recuerdo nada, creo que perdí el conocimiento.

—¿No escuchó ningún disparo ni voces o ruidos de pelea?

—No. Sólo como me arrastraban hacia el callejón. Recuerdo la oscuridad y, de repente, una luz intensa; después de eso nada, lo siento.

—¿Ha notado estos días atrás que alguien la siguiese o la observase, le ha molestado alguna persona o ha recibido llamadas extrañas?

—No, aunque... ahora que recuerdo, ayer por la mañana, en la universidad, he tenido la sensación de que un hombre me observaba, pero cuando he querido fijarme en él y comprobarlo, se había esfumado.

—¿Podría describirlo?

—De unos cuarenta años, con entradas...

Sin pensarlo, Holmes extrajo de su bolsillo la fotografía que le habían entregado los del laboratorio del cuerpo del hombre fallecido encontrado junto a la muchacha y se la tendió a ésta.

—¿Le reconoce?

—¡Oh, Dios! —exclamó la joven— sí, es el mismo, ¿está...?

—Sí, lo encontraron tendido junto a usted.

—¡Cielo santo!, ¿él me atacó?

—Eso es lo que nos gustaría saber. Encontramos junto al cadáver un revólver que había sido utilizado tres veces. Usted no ha recibido ningún impacto. También encontramos un charco de sangre a unos metros del cadáver, muy cerca de donde la encontraron a usted inconsciente. Con todo esto, pensamos que había alguien más, puede que dos personas más.

—¿Cómo pueden saberlo?

—La sangre no corresponde al muerto ni a usted, por tanto tenía que haber otra persona que recibió uno o varios disparos de ese hombre, —y señaló la foto— pero, a juzgar por el charco de sangre, no pudo abandonar solo la escena del crimen, por tanto debía de haber una segunda persona que se lo llevó.

—Lo que no entiendo —dijo la muchacha— es por qué se matarían unos a otros.

—Yo tampoco lo entiendo señorita, a no ser que este hombre la siguiese por diferentes motivos que los otros.

—¿Por qué, que pueden desear de mí?

—Eso es lo que debemos averiguar. Al no haber testigos, sólo nos queda descubrir la identidad del cadáver y buscar en su entorno personal, su trabajo, estudios, amistades, vecinos, algo de su vida que nos explique el porqué del ataque —el capitán no quiso hablar de la evidente relación entre el ataque sufrido por la muchacha y los asesinatos que investigaba—. Bien, como medida estrictamente precautoria, se le asignará temporalmente una escolta, por si intentan algo de nuevo, aunque no creo que eso suceda —mintió con dificultad—. En cuanto esté recuperada y salga del hospital, me gustaría tener una nueva conversación con usted.

La muchacha asintió con la cabeza y esbozó una tímida sonrisa, había sentido la preocupación del capitán y ello contribuía a aumentar su intranquilidad. Holmes abandonó la habitación y con el gesto serio se dirigió al aparcamiento, iba a reunirse con Pitman a descubrir lo que le preocupaba.

Holmes entró despacio en el despacho del forense, casi tenía miedo de hablar con él. Lo encontró sentado en su escritorio con media docena de libros voluminosos abiertos sobre la mesa en un total y completo caos, aumentado por docenas de papeles, informes y fotografías diseminadas alrededor suyo. Semejante desorden continuaba con papeles y fotos caídas en el suelo en torno a la mesa y, por si todo aquello no fuera suficiente, tenía encendido su ordenador y la impresora estaba vomitando una tira aparentemente interminable de papel.

El médico levantó la mirada hacia el capitán y continuó leyendo en uno de los libros medio tapado por varias hojas de papel. Holmes, sin decir una palabra, se sentó frente a él y decidió esperar a que éste hablase. Aquel silencio, sólo roto por el sonido de la impresora, duró varios minutos. Finalmente Harry se recostó sobre su asiento, resopló a la vez que se quitaba sus lentes, miró al policía a los ojos y comenzó a hablar.

—Llevo veintidós años como forense y he visto de todo Graham, —guardó silencio unos segundos, tomó aire y continuó— ...cuando inicié mi trabajo en este caso supe que era algo diferente, que estábamos ante algún maníaco que se dedica a asesinar mujeres después de torturarlas. No podía explicar cómo se producían esas heridas, pero en mi fuero interno tenía el convencimiento de que habría una explicación lógica a todo; más tarde o más temprano, gracias a tu investigación o a un golpe de suerte, sabríamos como.

Ahora no sé qué pensar; anoche, cuando llegué a la escena del crimen y vi las heridas en el cuerpo del hombre, supe que estábamos ante una nueva víctima de esos locos y me preocupó el detalle de ser el primer varón al que atacaban. Pensé que quizás su sed de sangre les impulsaba a matar a cualquiera.

Fue cuando estaba examinando el cadáver. En un primer momento creí que se trataba de un efecto óptico causado por las luces de los focos y las sombras que estos producían, pero cuando lo miré por segunda vez no me quedó ninguna duda, me aproximé y en cuanto lo vi de cerca di la orden de acordonar aquella zona, prohibiendo el paso a todo el personal salvo a dos de mis colaboradores —dicho esto, tendió a Holmes una fotografía. Este la cogió rápidamente y la miró con atención, eran unas huellas de color rojo amarillento, casi naranja.

—¿Qué diablos es esto, por qué me lo enseñas? —le increpó el policía, pensando que se trataba de una foto que nada tenía que ver con el caso. Pensaba que el médico estaba fuera de sus casillas.

—Esta foto fue tomada en la escena del crimen, Graham —contestó el doctor sin alterar el tono de voz, a pesar de las palabras del policía—. Lo que dejó esas huellas estuvo en la escena del crimen, pisó el charco de sangre y fue dejando esas marcas en el suelo.

Holmes se mantuvo en silencio durante unos instantes, pensativo, situación que se fue transformando primero en sorpresa y más tarde en miedo.

—¿Lo que dejó esas huellas? ¡Explícate Harry!

—Desconozco lo que pudo producir esas huellas, son aparentemente huellas de una garra, pero no he encontrado nada conocido que deje esas marcas. No son marcas nítidas, y eso dificulta la identificación.

—¿Y entonces, qué rayos es?

—No lo sé. Llevo toda la mañana comprobando datos una y otra vez y no encuentro nada parecido.

Holmes se recostó de nuevo en su silla, se quedó en silencio mirando a los ojos a su amigo. Sus temores se confirmaban: algo no natural o al menos desconocido podía ser el causante de las muertes; los indicios así lo indicaban. Era algo imposible, aquello sólo sucedía en las películas y en los comics, desafiaba a la lógica y la razón pero, en su fuero interno, sabía que aquello era cierto. Inspiró profundamente. Ahora tenía dos grandes problemas. El primero: detener a varios desconocidos, de los que no sabía cómo eran. Uno de ellos al menos tenía una garra y ambos causaban tremendas heridas y se llevaban, dios sabe con qué intenciones, vísceras de las víctimas, a las que previamente ocasionaban lesiones parecidas a enormes mordeduras de origen desconocido. Y tampoco sabía si podría detenerlos. El segundo problema era convencer al jefe de policía y al alcalde de que no estaba loco.

Debía existir una explicación lógica para todo aquello y debía encontrarla rápidamente.

Terminó de ponerse la ropa que le había traído Elisabeth y junto con ésta abandonó la habitación. En el pasillo tuvo tiempo de despedirse de la enfermera que la había atendido, y se dirigió al ascensor. Los dos policías asignados a su escolta caminaban a su espalda. Elisabeth los miraba de reojo con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Por los menos no te han asignado un par de vejstorios –le susurró a su amiga.

Linda no se molestó en contestarle. Su cabeza tenía otras preocupaciones. Llegaron a su apartamento tras un interminable camino a través del denso tráfico de la ciudad en el coche camuflado de la policía. Las dos mujeres se apearon del vehículo seguidas por los policías. Cuando Linda se disponía a abrir la puerta con su llave, uno de los policías se acercó y cogiéndole el manajo de llaves con una mano la apartó con cuidado a un lado con la otra. Abrió la puerta e inspeccionó el apartamento, mientras ambas mujeres esperaban fuera junto a la puerta, con el otro agente. Un par de minutos después el policía salía del apartamento.

—Todo en orden –le dijo devolviéndole las llaves–. Estaremos en la calle frente a su ventana. Si necesita alguna cosa llámenos.

—Muchas gracias, lo haré –y ambas mujeres entraron en el apartamento.

Estaba convencido de que aquél sería un día muy duro. Para empezar, su mujer le había vuelto a echar en cara que se hubiese gastado parte de sus ahorros en un coche nuevo, en lugar de arreglar la fachada de la casa y comprar algunos muebles nuevos para el salón. No terminó de desayunar, salió de la casa con los lamentos de su mujer de fondo. Y, por si todo aquello no fuese suficiente, su compañero se había torcido un tobillo al resbalar en una de las galerías y se había quedado sentado unos cientos de metros más atrás, mientras él comprobaba el colector.

El último control indicaba que el flujo disminuía desde la semana pasada de manera constante en aquella conducción. Probablemente, algún objeto arrojado por el retrete de algún *yuppy* se había atorado y retendría parte de los desechos sólidos que habitualmente transportan las aguas residuales, formándose un tapón que iría creciendo poco a poco y que acabaría cerrando por completo la boca del colector. Era una avería muy común y allí estaba él: ¡Frank Lloyd, empleado municipal del departamento de mantenimiento del alcantarillado, en defensa de los ciudadanos de Nueva York!, dispuesto a eliminar el atranque del colector para que los residuos de millones de retretes pudieran seguir su camino en paz. Rió para sus adentros y se dispuso a inspeccionar el colector introduciendo un palo de unos dos metros de largo, cuyo extremo disponía de un pequeño gancho metálico. Fue palpando la zona donde presumiblemente se podía encontrar el atranque, hasta que tocó algo aparentemente sólido. Intentó seguir el contorno de aquello con el palo a fin de calcular su tamaño y ver la posibilidad de izarlo él solo, o al menos apartarlo de la boca del colector y esperar la llegada de ayuda, que pediría por radio si fuese necesario. Decidió que se trataba de algo no muy grande y se dispuso a sacarlo del agua. Introdujo un poco más el palo en el agua y, cuando creyó que había llegado al final del objeto, con un ligero movimiento de muñeca, introdujo por debajo el garfio y tiro del mismo hacía arriba. Sintió como el metal se aferraba en algo y tiró con fuerza. En un primer momento encontró cierta resistencia a su esfuerzo, pero finalmente consiguió arrastrar aquello hasta la superficie. Con ciertos apuros consiguió depositarlo sobre el suelo de la galería. Desenganchó el garfio y se dispuso a examinar lo que había *pescado*. Cuando descubrió de qué se trataba dio un salto hacia atrás y una sensación de angustia se apoderó de su estómago. Trabajar en las cloacas no era un trabajo para personas muy remilgadas, aunque llevaba un tiempo acostumbrarse al ambiente. Pasado un tiempo, pocas cosas desagradables a la vista o el olfato causaban efecto. Aquella era una de aquellas cosas. Ni trabajar en aquel ambiente podía evitar sobresaltarse al ver los restos putrefactos de un ser humano.

Tras unos instantes de duda en los que llegó a sopesar el arrojar de nuevo los restos al agua, pasado el colector, y ahorrarse explicaciones ante la policía, y sus superiores, decidió comportarse como un correcto ciudadano. Pensar en la familia de aquel desdichado sin saber dónde se podría encontrar y la mera suposición de que eso mismo

le pudiera pasar a él terminó por decidirle a comunicar el hallazgo. «Por otra parte –pensó– tendría que pasar algún tiempo respondiendo preguntas a la policía y elaborando un informe para mis superiores. Llegaría tarde a casa y pasaría menos tiempo aguantando a mi esposa. ¡El día empezaba a arreglarse!».

Dejó el garfio en el suelo junto a los restos del cadáver y deshizo el camino a la búsqueda de su compañero accidentado. Antes de doblar por la galería de la izquierda, tras caminar unos cien metros, comenzó a hablar en voz alta.

—¡Louis, eres un tipo con suerte después de todo! ¡De no ser por tu resbalón ahora estarías vomitando! –dijo entrando en la galería donde había dejado a su compañero—. Adivina lo que... –la sorpresa se apoderó de Frank. Miró a derecha e izquierda, volvió sobre sus pasos hasta la galería principal, para comprobar de nuevo su situación. No había duda, esa era la galería en la que había dejado a su compañero sentado con una simple torcedura. Entró de nuevo en la galería secundaria, por la que había regresado, y avanzó por ella unos cincuenta metros hasta la siguiente bifurcación. Miró a derecha e izquierda y no vio a nadie.

—¡Está bien, Louis, ha sido muy gracioso! –gritó–, pero ya se acabó. ¡He encontrado un cadáver! Debemos avisar a los jefes, y no querrás que nos encuentren jugando como dos niños –esperó unos segundos inmóvil. No escuchó nada, salvo los ruidos característicos de la circulación del agua por las canalizaciones. Tampoco vio salir a su compañero de ninguna de las galerías próximas—. ¡De acuerdo, como tú quieras! ¡Cuando te canses de jugar te estaré esperando en la entrada de la galería del colector!

Giró sobre sí mismo y reinició el camino hasta el colector. Cuando pasó por la zona en la que había dejado esperando a su compañero pisó algo. Fue el sonido lo que llamó su atención, ya que era normal andar pisando cosas, sobre todo insectos, por las alcantarillas. Las primeras semanas de trabajo no se deja de mirar al suelo cada vez que pisas algo. Después te acostumbras. Pero aquella vez miró, había sonado a cristal y metal, algo no muy habitual en aquellos parajes. Se detuvo, iluminó con su linterna en torno a sus botas moviéndola de derecha a izquierda y lo vio. Era un reloj de pulsera, se inclinó y lo recogió del suelo, la esfera de cristal se había roto, debido probablemente al pisotón. Un escalofrío le recorrió la espalda. Reconocía aquel reloj, le dio la vuelta y vio aquella inscripción: «A papa con cariño, Mary». ¡Era el reloj de Louis, se lo había regalado su hija de doce años las pasadas navidades! Sintió un nudo en el estómago, apretó con fuerza el reloj en su mano izquierda y gritó:

—¡Louis, Louis!

Se quedó callado, con el reloj en una mano y la linterna en la otra. Treinta minutos después llegó la policía a la par que uno de sus superiores.

Detenida por unos instantes en el umbral de la comisaría, observando el ir y venir de policías, visitantes y detenidos esposados, dudó entre seguir o marcharse corriendo

de aquel lugar. Finalmente decidió entrar, quizás porque no tenía otra opción, habida cuenta que sus dos guardaespaldas estaban detrás.

—Esto está siempre así, no paramos de trabajar –dijo una voz a su espalda que correspondía a uno de los policías que la escoltaban–. El despacho del capitán está en la segunda planta. Podemos subir en alguno de aquellos ascensores.

Subieron hasta el segundo piso y Linda se dejó guiar. Caminaron por los pasillos de aquel viejo edificio para detenerse finalmente ante una puerta acristalada en donde se podía leer en letras negras el nombre y rango de la persona que había venido a ver. Uno de sus acompañantes golpeó tres veces en el cristal y una voz desde el interior gruñó algo parecido a una invitación a entrar. El policía entreabrió la puerta, asomó su cabeza y se dirigió a su superior.

—Capitán, aquí está la muchacha –y dicho esto abrió del todo la puerta y se apartó para dejarla pasar.

Linda entró despacio, mirando primero al corpulento policía sentado en su silla que iniciaba un lento y pesado gesto para incorporarse, para iniciar a continuación un rápido vistazo a la habitación mirando a su alrededor. No sin cierta sorpresa comprobó que el despacho era un ejemplo de limpieza y orden. Lo último que hubiera esperado, teniendo en cuenta la imagen que las películas dan de todos los policías y sus despachos. Montañas de papel y desorden, mucho desorden.

El capitán se dirigió hacia ella rodeando la mesa y le tendió la mano. La invitó a sentarse en una de las sillas de madera que había frente a su mesa. Él lo hizo en otra, frente a la muchacha.

—¿Qué tal se encuentra? Tiene mejor aspecto que la primera vez que la vi.

—Sí, no hay nada como un poco de descanso y una sesión de maquillaje.

—La escolta que le hemos asignado, ¿le ha ocasionado algún problema? –inquirió el capitán.

—No, salvo los lógicos signos de extrañeza de los vecinos al ver siempre a dos tipos en un coche aparcado a la puerta del edificio.

—Bueno, si todo está correcto y no tiene alguna cuestión que plantearme, quisiera volver a repasar los sucedido el día del ataque.

—Una cuestión –señaló la muchacha–. ¿Cuánto tiempo durará esta situación? ¿Podrán encontrar a quien me atacó? ¿Está mi ataque relacionado con las otras muertes de mujeres?

—Eso son tres cuestiones –contestó Holmes esbozando una sonrisa, a la vez que el color se mostraba en las mejillas de la joven–. Sobre cuanto durará, no puedo decirselo, aunque espero que sea por poco tiempo. Sobre encontrar a quien la atacó, cuente con que lo haremos. Y... –dudó unos instantes– sí, creemos que está relacionado con las otras muertes. Me gustaría hablarle abiertamente del caso pero creo que, de momento, es preferible que sepa que es usted la única persona que ha sobrevivido al ataque de esos tipos.

—¿Realmente cree que fueron dos quienes me atacaron? Los periódicos hablan del asesino o del sanguinario como una sola persona.

—Sí, pero tenemos algunas evidencias, no sólo lo que le comenté en el hospital, que no hemos comunicado a la prensa, por cierto, y que espero que usted no cuente. Desgraciadamente, carecemos de datos que nos conduzcan a su identificación. Nadie los ha visto, o al menos nadie que haya vivido lo suficiente para contarlos. Lo que usted pueda recordar nos será de mucha ayuda. Ya sé que no recordaba nada en el hospital, pero quizás ahora tenga algún dato en su mente que nos ayude. Y no sólo del momento del ataque, sino de ese día, incluso de días anteriores. Sigue siendo un misterio para mí lo del hombre que apareció muerto junto a usted, y que según me dijo le había visto ese mismo día.

—Sí, en la cafetería de la universidad. Pero sólo unos instantes. Me llamó la atención la forma en que vestía. No encajaba con el entorno. Pero al poco tiempo había desaparecido. Sólo recuerdo que nuestras miradas se cruzaron por unos instantes, era una mirada extraña, por un momento me intranquilizó, pero no era miedo ni vergüenza porque me mirase un hombre, no, era otra cosa, como si... como si me conociera y esperase que yo también le reconociese.

—Aún no hemos logrado identificarle, pensamos que no es de la ciudad, el coche es alquilado a nombre de un individuo con residencia en Arizona, y las huellas dactilares de ese tipo están por todas partes y son las únicas que hemos encontrado. Lo mismo ocurre con el arma, sólo tiene las huellas de él y no consta su propietario. Hemos solicitado a la policía de allí que nos faciliten datos del sujeto. En cualquier caso es muy extraño, con los datos que disponemos es seguro que no era uno de los que la atacaron. Casi me inclino a pensar que aquel tipo salió en su defensa y le salvó la vida. Pero no estoy seguro de nada. Puede que se tratara de una coincidencia el que usted le viera en la universidad y que más tarde pasara por allí a tiempo de ver cómo la atacaban e intervenir. O es posible, igualmente, que buscara algo de usted. Ni siquiera descarto que se tratara de un pervertido que la eligió como víctima y tuviera la mala suerte, para él, de cruzarse con sus asesinos, y la buena suerte, para usted, de salvarle la vida.

—¿Pero que podía querer de mí? —preguntó Linda—. No alcanzo a encontrar una respuesta. Soy una estudiante de medicina que estudia gracias a una beca instituida por una fundación creada el siglo pasado. Jamás he intervenido en asuntos turbios y no tengo ningún pariente vivo que me pueda dejar algún patrimonio.

—Es preciso que haga un esfuerzo. Para nosotros es vital. Quisiera repasar lo que hizo aquel día y seguir recordando los días anteriores. No sé si servirá, pero quizás encontremos algo que... —el teléfono de su mesa sonó, se disculpó y descolgó el auricular—. ¡Diga! ¡Holmes al habla! Buenos días señor —su rostro fue cambiando: de su expresión, aparentemente relajada con la que había recibido a Linda fue pasando a un gesto serio que rápidamente se transformó en preocupado. Finalmente colgó el auricular—. Lo siento mucho —le dijo a la muchacha— ha surgido un imprevisto y debo ir a una reunión. Mañana, si le viene bien, nos volvemos a ver. ¿Qué le parece si la invito a cenar?

—De acuerdo. Mientras intentaré hacer memoria.

—Buena chica, —dijo Holmes— mañana pasaré a recogerla a su apartamento. Acompañó a la muchacha hasta los ascensores y esperó a que la puerta de éste se hubiese cerrado. Después de dirigió hasta el otro ala del edificio y tomó otro ascensor que le llevó hasta el aparcamiento. Tomó su coche y se dirigió al ayuntamiento.

Siempre que había acudido al despacho del alcalde, unas cuatro o cinco veces desde que era capitán, las dos últimas durante ese mes, se había sentido igual de incómodo. Él era, ante todo, un hombre de acción, se sentía tranquilo y seguro en la calle o dirigiendo a sus hombres. Tratar con políticos atacaba sus nervios. Sólo pensaban en la reelección y en el daño que a su imagen ocasionaría cualquier acto o decisión que adoptasen. Y las muertes de las muchachas eran de esa clase de asuntos que un político no podía aceptar. La prensa no paraba de presionar y la gente se ponía nerviosa. Eso hacía que el alcalde presionara al jefe de policía, y éste a los encargados de la investigación o, lo que era igual, a él y su equipo.

La última vez que se reunió con el jefe y el alcalde le insinuaron que su cabeza estaba pendiente de un hilo. Era la primera vez que le presionaban hasta ese nivel, pero a pesar de todo no se asustó. En su fuero interno sabía que ese tipo de asuntos se solucionaban de una u otra manera. O el criminal acababa cometiendo el error definitivo que facilitaba su captura o dejaba de cometer crímenes de pronto, sin razón aparente, de la misma manera que comenzó. Sólo esperaba que eso no sucediera después de que le cesaran.

Pero aquella reunión era preocupante, demasiado. Debía informarles de la marcha de las investigaciones. Y lo que tenía era muy poco y, aún ese poco, podía resultar irracional. Lejos de lo que una persona normal aceptaría como posible. Sin embargo, sentía que todas aquellas conclusiones a las que habían llegado Pitman y él eran ciertas. Los hechos eran irrefutables y los indicios que manejaban no encajaban de una manera lógica. Sólo encontraban justificación mediante la aceptación de principios y creencias que a más de un individuo le habrían llevado a sufrir el descrédito y la burla, cuando no una habitación con vistas en una institución médica del estado. Súbitamente, la puerta del despacho del alcalde se abrió y apareció el enorme corpachón del jefe Taylor. Le echó un vistazo rápido y frío antes de dirigirse a él.

—¡Entre Holmes! —y desapareció de la vista del policía, dentro del despacho.

Holmes se levantó, envió una media sonrisa a la joven y atractiva secretaria del alcalde y, con paso lento, entró en el despacho cerrando la puerta tras de sí.

El cuadro que vio era de los que no le gustaban. El alcalde, sentado en su enorme sillón de piel como si de un rey en su trono se tratase, y el jefe de pie, a un lado de la mesa flanqueando a su rey. El silencio dominaba la situación, no se oían ni los pasos de Holmes, amortiguados por la tupida moqueta de lana que cubría todo el suelo de la estancia. No supo qué hacer cuando llegó ante la gran mesa de caoba. No podía continuar andando, aunque le hubiese gustado, y no se atrevía a sentarse. Finalmente, el alcalde habló.

—Síntese Holmes, y usted también Taylor —dijo en tono imperativo—. Bien, supongo Holmes que sospecha el motivo de esta reunión. ¿Tenemos alguna novedad sobre los asesinatos?

—En parte sí, señor alcalde —la cara de sus dos interlocutores demostró sorpresa.

—¿Tenemos algo? —interrogó ansioso el jefe.

—...sí, tenemos algo —contestó Holmes tras unos segundos de vacilación.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el alcalde—. ¿De qué se trata? ¿Sabemos quién es? ¿Tenemos...? —no terminó la pregunta, Holmes le hizo un gesto con la mano para que no continuase, acompañado de un continuo movimiento de su cabeza.

—Verá señor, es difícil de explicar.

—¡Pues comience de una vez! —replicó el jefe.

Holmes se mantuvo en silencio durante unos instantes, se arrellanó en su asiento y comenzó su exposición.

—Cuando se produjo el segundo asesinato empezamos a trabajar con la hipótesis de un asesino en serie. Como ya saben, mantuvimos en secreto una serie de datos, entre ellos las marcas de mordeduras en los cadáveres de las muchachas. Hace unos días, el forense jefe, el doctor Pitman, me llamó para enseñarme algo relativo a los asesinatos de las muchachas. Sin extenderme innecesariamente les diré que el forense encontró en el cuarto cadáver unas marcas de dientes distintas a las encontradas en los otros dos — hizo una pausa y comprobó los rostros de sus interlocutores: seguían con cara de poker. Continuó hablando—. La suposición a la que hemos llegado, tras el análisis de otros datos, entre ellos la imposibilidad para un único hombre de causar esas tremendas lesiones, es pensar que el cuarto asesinato ha sido obra de otro individuo, que actúa junto al primero o le imita.

Durante todo ese tiempo nuestras investigaciones siguieron una línea muy concreta. Las lesiones en los cadáveres, así como las marcas de dientes, hacían pensar que nos encontrábamos ante algún tipo de ritual o culto desconocido. Pero un nuevo elemento desvirtuó todo. Pitman pudo, gracias al ordenador y a las heridas de todos los cadáveres, realizar un modelo de los dientes o, más bien, de la dentadura de uno de los agresores... —de nuevo hizo una pausa antes de proseguir—. La dentadura obtenida por el forense no se corresponde con la de un ser humano...

—¿Me está diciendo —interrumpió el alcalde— que las muertes las han ocasionado animales incontrolados que...?

—Tampoco corresponden con ningún animal conocido —sentenció Holmes—. Y en ese instante pudo comprobar cómo el rostro de los dos hombres se transfiguraba a la vez que saltaban en sus asientos.

—¿Pero qué estás diciendo Holmes? —grito el jefe Taylor—. ¿Que no podemos identificar esas dentaduras?

—Espero que no se trate de una broma, Holmes —dijo el alcalde.

—Me insulta usted —le recriminó Holmes, aunque al instante deseó no haber dicho aquello—. El asunto es lo suficientemente grave como para tomarlo a broma.

—Pero entonces, ¿cómo explicas esto? —dijo Taylor con tono despectivo—. ¿Alienígenas, zombis? ¡Es imposible! ¡Te has vuelto loco!

—Estoy de acuerdo en que es sumamente extraño —contestó Holmes— pero sólo creo lo que veo. Y el dato, irrefutable por otra parte, está ahí. Y con él debo trabajar. En un primer momento, la única explicación lógica que encontramos Pitman y yo a esa dentadura, era que se tratara de algún artilugio mecánico. Un par de piezas de metal debidamente cortadas y con un simple armazón que permita a ambas partes abrirse y cerrarse, podría dejar esas huellas en los cadáveres. Algo así como unas tenazas de gran tamaño.

—¡Sí, es una explicación lógica! ¡Y sumamente simple! —dijo el alcalde—. Por un momento nos había usted asustado.

—Aún no he terminado señor —dijo Holmes—. Es probable que cuando acabe repitan ustedes los comentarios de hace un momento. Y puede que los aumenten. En cualquier caso —continuó— mantuvimos la hipótesis de lo que podríamos llamar las *mandíbulas mecánicas*, ya que era la explicación más lógica, como muy bien ha dicho usted, señor alcalde. Pensamos en un grupo de asesinos en serie de al menos dos individuos que buscan confundir a la policía. No sería la primera vez que, entre otras cosas, se pretende ridiculizar a los investigadores. En muchas ocasiones, este tipo de criminales son personas de una gran inteligencia y gustan de demostrarlo, aunque sólo sea a sí mismos... —hizo una nueva pausa—. El último ataque a una mujer —continuó— se vio envuelto en una serie de circunstancias especiales.

—¿Qué último ataque?, ¿hay una nueva víctima? —dijo el alcalde—. ¡Taylor! ¿Sabías algo? —preguntó.

—Nada en absoluto —contestó éste— ¡Explícate Holmes!

—En eso estoy jefe. Este último ataque lo hemos mantenido en secreto. Se produjo ayer y el asunto ha dado un giro demasiado espectacular. En ese ataque no murió una muchacha. Murió un hombre, y habría pasado desapercibido, de no ser porque fue Pitman quien acudió al aviso de la policía, en lugar de cualquier otro de los forenses de su departamento. Reconoció las marcas de los dientes en el cadáver del hombre muerto.

—¿Pero no ha dicho que habían atacado a una mujer? —preguntó el jefe.

—La joven regresaba a su casa caminando —continuó— cuando fue atacada por alguien, a quien no pudo ver. Perdió el conocimiento. Un vecino escuchó varios disparos y llamó a la policía. La patrulla que acudió a la llamada encontró a la muchacha inconsciente y a un hombre muerto. La muchacha fue trasladada al hospital y se realizó una inspección del lugar. La pistola con la que se hicieron los disparos tenía las huellas del muerto. Se habían realizado tres disparos y sólo se encontró una bala incrustada en una pared. El cuerpo del hombre no tenía impactos de bala, sólo una enorme herida en el cuello y hombro izquierdo. Debió morir en el acto. A un par de metros de donde le encontraron, había un gran charco de sangre. La primera hipótesis es que el hombre pudo ver cómo atacaban a la joven y acudió en su ayuda, disparó contra los agresores hiriendo a uno, pero no pudo evitar que le atacaran a él y le mataran. Después, los agresores huyeron.

—¿No se le ha ocurrido pensar que aquel hombre podía ser el asesino que buscamos?
—dijo el alcalde.

—Esa hipótesis puede descartarse —contestó Holmes.

—¿Cómo sabes que eran más de uno? —inquirió el jefe.

—El charco de sangre que había a dos metros del cadáver no era de su sangre. Por tanto lo lógico es pensar que hirió a uno, pero por la cantidad de sangre encontrada debía de estar mal herido. Alguien tuvo que ayudarlo. El problema es que Pitman... —de nuevo hizo una pausa— mientras recogía las muestras de sangre vio una huella... tomó fotos y... —calló de nuevo.

—Me da miedo preguntar Holmes —dijo el alcalde—. Es usted uno de los mejores policías que ha tenido el departamento. ¡Bien, déjese de tonterías, exponga su teoría sobre este asunto y acabemos!

Holmes inspiró profundamente y continuó su relato.

—La huella que encontró Pitman es desconocida.

—¿Desconocida? —repitió el alcalde.

—Se trata de una especie de garra o mano deforme de sólo cuatro dedos. Algo que no se parece a nada conocido. Aquí se nos planteó la duda de si se trataba de una nueva treta o juego de los asesinos o si era algo desconocido para nosotros. Por otro lado, las heridas de las víctimas, las mordeduras, de producirse de manera artificial, con ese artilugio que he descrito antes, necesitaría tener a las víctimas inmóviles o, cuando menos, en una situación de indefensión, quizás atrapadas en algún recinto, etc. Pero, en este caso, el hombre fue atacado en la calle, en donde pudo hacer uso de su revólver, pudo pelear y, sin embargo, no hay señales de lucha, el cadáver sólo tiene una herida, y por la altura del fallecido, la situación y la forma de la herida que le mató, o atacaron desde el aire o se dejó hacer sin oponer resistencia. Y esto último no parece posible.

Por otro lado, he interrogado a la muchacha que sufrió el ataque. No vio a su agresor, pero recuerda haber visto al muerto en la universidad donde estudia la misma mañana de los hechos. No sabemos aún quién es. Estamos siguiendo el rastro al revólver y al vehículo que apareció en la escena del crimen, que suponemos que es el medio en el que llegó hasta el lugar del ataque, ya que sólo se encontraron en él sus huellas —el alcalde miró al jefe Taylor. Ambos torcieron el gesto, pero no dijeron nada—. En cualquier caso, hay algo que no me deja tranquilo. No se de qué se trata. Es como si toda nuestra investigación se dirigiese en dirección contraria a la solución. Algo se nos escapa o no está a nuestro alcance conocerlo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Taylor.

—Sospecho que los motivos de todo este asunto, lo que mueve al asesino o asesinos, van más allá de una mente perturbada. Y mientras no descubramos de qué se trata, estaremos dando palos de ciego.

AEROPUERTO DE HEATHROW, LONDRES

Brian caminaba con paso rápido y decidido por la terminal. Su maleta con ruedas y su enorme bolsa de viaje parecían pegadas a su cuerpo, reaccionando a cada movimiento de su cuerpo como si fuesen un apéndice corporal más. Era un hombre atlético, de algo más de metro ochenta, bien proporcionado, con el pelo corto y negro como el carbón. Su aspecto juvenil y su indumentaria de sport no indicaban su verdadera condición. Cualquiera que le echara una ojeada pensaría que se trataba de un estudiante de postgrado o un joven profesional. En realidad había cumplido ya los treinta y cinco años y era profesor de antropología en Oxford. Uno de sus más brillantes y prometedores especialistas en el estudio de las culturas y civilizaciones perdidas.

Su pasión por la antropología y las civilizaciones antiguas la heredó de su abuelo, Lord Doyle, un eminente historiador y profesor universitario ya retirado, autor de multitud de libros sobre la historia antigua de las islas británicas y poseedor de una fabulosa biblioteca que, de generación en generación, desde el siglo XIX, había ido creciendo y creciendo. El interés de él mismo, y de su abuelo, por mantener y aumentar aquella fantástica biblioteca, les llevaba a visitar multitud de ferias y mercadillos en los más recónditos lugares de Gran Bretaña y el continente europeo, aprovechando vacaciones y viajes de trabajo, en busca de libros antiguos y raros. Incluso llegado el caso, adquirirían viejas bibliotecas, fundamentalmente en pueblos pequeños, en donde era fácil que los bienes de las herencias se acabaran vendiendo para repartir, entre los herederos, el dinero en metálico obtenido.

Fue en una de aquellas ocasiones cuando se encontraron con aquel diario. En un pequeño pueblo del interior, Mirsford, se celebraba un mercadillo. Y fueron a pasar por él el mismo día que una anciana mujer decidió poner a la venta una pequeña biblioteca y algunos muebles antiguos. Su madre, que les acompañaba en aquel viaje ya que el motivo del mismo era visitar a un pariente, vio un mueble-escritorio que, según dijo, era igual que el que tenía su abuelo. Y se empeñó en adquirirlo, obligándoles a realizar un alto en el camino. Observaron el mueble y su madre se puso a negociar con aquella mujer. Mientras ambas señoras discutían sobre el precio, a la vez que alababan la calidad de los muebles antiguos, Brian y su abuelo fijaron su atención en un conjunto de unos treinta libros que se encontraban tras el mueble deseado por su madre. En su mayoría eran libros sobre medicina, pero había uno que trataba de alquimia.

Seis meses antes

Aquel libro llamó poderosamente la atención del anciano. Este creyó recordar que se trataba de un libro citado en un viejo volumen de su biblioteca, como uno de los libros perseguidos por la iglesia católica durante la edad media, y del que no constaba que se hubiese salvado ejemplar alguno de dicha persecución. Con excitación, lo cogió entre sus manos y lo abrió. Las páginas estaban en muy mal estado pero se podía leer aquella escritura, manuscrita, de una caligrafía esmerada. Pasó con cuidado varias páginas y apareció una pequeña hoja de papel doblada por la mitad. El anciano la abrió con cuidado, aunque no pudo evitar que se rompiera en dos pedazos, exactamente por su pliegue. Unió ambas mitades y leyó con atención lo escrito:

*«—A ti, amigo de lo desconocido,
a ti, deseoso de conocer la verdad,
a ti, que eres capaz de enfrentarte al mal,
para ti es mi secreto,
para ti es mi atril,
para ti es mi conocimiento.»*

Lord Doyle se quedó pensativo por unos instantes para dirigirse finalmente a la vendedora.

—Discúlpeme señora —dijo a la vez que cerraba el libro con la nota dentro— ¿tiene usted en venta un atril?

—Sí, —contestó la mujer sin contener su asombro— ¿cómo ha podido saberlo?; tengo uno para vender pero no me ha dado tiempo a sacarlo de la camioneta.

—Ha sido una simple deducción, las bibliotecas antiguas suelen contar con algún atril, y, por lo antiguo de los libros...

—Entiendo. Por un momento creí que leía usted el pensamiento.

—Ojala, ojala —dijo su abuelo con una gran sonrisa—. ¿Cuánto quiere por los libros y el atril?

—Pero... si no ha visto el atril —balbuceo sorprendida la mujer.

—Si es de la misma calidad que este escritorio me vale. Hace tiempo que deseaba poner uno en mi biblioteca y estos libros son los suficientemente antiguos como para que queden bien con los otros que tengo.

—No sé, no tenía pensado un precio

—Le doy cuatricientas libras por los libros, el atril y el escritorio.

—De acuerdo, acepto —contestó la mujer con una gran sonrisa, fruto de la sensación de haber realizado un buen negocio.

—¿Hay alguien que pueda trasladarlo todo a mi residencia en Londres?

—No lo creo. El hijo de Robert Trenton tiene un pequeño camión y realiza portes por la zona. Todo lo mas podría llevarlo hasta la estación de ferrocarril y, desde allí, podría usted facturararlo hasta su residencia.

—Muy bien —asintió su abuelo—, lo haremos de ese modo, ¿dónde puedo localizar a ese joven?

—En el Black Duck, el pub que hay a la salida del puebl; pregunte por Andrew.

Brian se ocupó del envío de lo comprado hasta la estación de ferrocarril, próxima a la residencia familiar, en las afueras de Londres, y continuaron su viaje. Pero desde el momento en que leyó aquella nota, su abuelo se mostró intranquilo. Se notaba su deseo de regresar a su casa y observar y estudiar su nueva adquisición. Regresaron aquella misma noche a Londres y a la mañana siguiente estuvo de un lado para otro sin dejar de dar muestras de inquietud. No veía el momento de dirigirse hasta la consigna de la estación para recoger los libros y el atril. Aún cuando su nieto y su niera le habían dicho que podía esperar a que algún transportista trajera todo a casa, él se manifestó en contra, empeñándose en recoger personalmente tanto los libros como el atril. Aquel atril le obsesionaba.

Brian no salía de su asombro y terminó por preguntarle a su abuelo por lo que le mantenía en aquel estado. Por toda respuesta y tras unos segundos en que la mirada de su abuelo se mantuvo clavada en sus ojos, una mirada brillante, escrutadora, desconocida, escuchó un «sígueme». Siguió sus pasos hasta la biblioteca. Allí, el anciano subió por la escalera de caracol hasta el nivel superior de la estancia, una estrecha galería llena de libros y, tras dar unos pasos, se detuvo ante una de las estanterías de la que escogió un libro antiguo con las tapas negras y desgastadas, con los nervios característicos de las encuadernaciones manuales del siglo XIX. Lo abrió aproximadamente por la mitad, lo observó atentamente, pasó algunas páginas y, finalmente, le entregó el volumen a Brian, señalando con el índice de su mano el comienzo de un párrafo.

Al cabo de unos minutos, y tras leer un par de páginas, Brian levantó la vista hacia su abuelo, con el brillo en sus ojos.

—¿Crees que ese libro pudo pertenecer a ese tal Fallner?

—Lo que acabas de leer es un tratado de magia negra elaborado por Fray Angus de Laville, uno de los mayores estudiosos de esos temas en su época. Como has leído, en el año 1873 le llegaron noticias de un médico ingresado en un manicomio que decía haber estado en contacto con seres de enormes y desconocidos conocimientos. Que había impedido que algunos de ellos alcanzaran sus oscuros propósitos. Hablaba de un trabajo a realizar para impedir un nuevo intento, ya que de otro modo la humanidad estaba en peligro. Fray Angus le visitó, dado que las descripciones que realizaba de esos individuos coincidían con las declaraciones que había realizado siglos atrás una muje, la noche antes de ser quemada en la hoguera, condenada por brujería por un tribunal de la Inquisición española. Aquellas declaraciones, y los demás documentos del proceso, fueron a parar a las manos de fray Angus de Laville.

Una vez en el manicomio –continuó Lord Doyle–, Fray Angus le enseñó las actas del juicio a Fallner, que según parece las comparó a la experiencia vivida por él mismo. Y, a continuación, le contó su historia. Una historia increíble, tanto que, no dándole crédito alguno, no se molestó en reproducirla en su libro. Pensaba que la locura había anidado en aquella mente, en otro momento lúcida y brillante, y sólo le dio cierto crédito a lo relativo a ciertos libros de magia y artes negras que aquel hombre decía haber visto y tocado. Libros que en su mayoría se consideraban perdidos y, en algunos casos, meras leyendas. Como se hacía tarde, fray Angus pasó la noche en una posada cerca del manicomio, con la idea de continuar su conversación con Fallner al día siguiente. Pero cuando llegó a la institución le comunicaron que se había escapado. Sobre su cama encontraron una nota.

Brian abrió de nuevo el libro y leyó en voz alta:

—«He de encontrarlo y completar el conocimiento para después destruirlo. Y si no puedo, encontraré a quien no tema a lo desconocido, a la verdad, al mal. A él le contaré mi secreto, le transmitiré mis conocimientos y continuará mi misión.»

—Todo un enigma, ¿no te parece? –dijo Lord Doyle

—¿Crees que la nota encontrada en la cama se asemeja a la que encontramos en el libro que compraste ayer, no? –preguntó Brian.

—Sí, la época de los libros de medicina que había junto al de la nota coincide con la de los acontecimientos narrados por fray Angus. Y de ser cierto lo contado en este otro libro –y escogió otro volumen de una estantería superior– los conocimientos y los secretos a los que se refiere Fallner supondría la mayor y más exclusiva biblioteca sobre artes mágicas y alquimia de todas cuantas existen. Con algunos volúmenes, de los que sólo se conoce su existencia y contenidos por referencias sin confirmar.

—¿Y cómo esperas encontrarlos?

—«Para ti es mi secreto, para ti es mi atril» –recitó el anciano.

—¿Piensas que la clave está en el atril? –inquirió Brian.

—Sí, aquel hombre debió de guardar su biblioteca en algún lugar seguro y ha debido de dejar el modo de llegar hasta ella, pero no de una manera evidente. Fíjate que el libro donde encontramos la nota no guardaba relación con el resto, todos ellos libros sobre medicina. Sólo alguien interesado en la magia o la alquimia podría identificar aquel libro como uno de los libros perseguidos por la Iglesia. Creo que Fallner no quería que su secreto cayera en las manos del primero que pasara por allí.

—Sí pero... –interrumpió Brian– ¿qué hubiese sucedido si aquel libro acaba en manos de un trapero o destruido por las polillas en el fondo de un baúl?

—Que su secreto quedaría oculto para siempre, o hasta que alguna casualidad lo mostrase al mundo. Pero en ese caso, las posibilidades de que fuese adecuadamente tratado se reducirían. No, creo que Fallner confió en el azar, quizás en el destino. Debía de estar seguro que, más tarde o más temprano, alguien encontraría “su atril”.

Pongámonos en marcha, –dijo mientras consultaba su reloj– el tren llegará en veinte minutos, quiero estar allí cuando descarguen el atril.

—Creo que te dejas llevar excesivamente por tu imaginación abuelo.

Se dirigieron en el coche de Brian hasta la estación de ferrocarril, una vez allí, hubieron de esperar unos diez minutos a que llegase el tren, y veinte más a que descargasen el envío. El anciano no dejó de vigilar atentamente la operación, despreocupándose de encargar el envío del escritorio que había comprado su nuera a su residencia. Lo que supuso que Brian tuviera que encargarse de ello. Una vez solventados todos los detalles burocráticos y con el atril y los libros en el maletero de su coche, emprendieron el camino de vuelta a casa con el abuelo de Brian incapaz de disimular su excitación.

Descargaron el coche nada más llegar. El anciano imponía a ambos una actividad casi frenética. Por un momento el joven pensó que a su abuelo le sobrevendría un ataque. Llevaron todo el material a la biblioteca y dieron orden de no ser molestados. Una vez allí, dispusieron el atril en el centro de la habitación y sobre una pequeña mesa los libros antiguos, con la excepción del tratado de alquimia, que lo situaron en la mesa de trabajo de Lord Doyle. Lo primero que hizo éste fue abrir de nuevo el libro y extraer la nota rota por el centro, la situó lentamente, como si fuera a romperse de nuevo, sobre un trozo de cartulina uniendo ambos trozos. Posteriormente puso sobre esta una fina lámina de papel de celofán, uniéndolo firmemente a la cartulina con cuatro tiras de cinta adhesiva que formaron un cuadro alrededor de la nota a modo de rudimentario marco. Por unos instantes se mantuvo en silencio e inmóvil, casi parecía que no respiraba. Leyó detenidamente la nota y, por fin, dejándola a un lado, buscó en el libro pasando las hojas una a una, la posible existencia de otras notas o elementos añadidos al texto original.

Tan extasiado se hallaba su abuelo en el examen del viejo libro que Brian centró su atención sobre el atril. Lo observó detenidamente, de arriba a abajo, sin que encontrara nada extraño. No se veían por ninguna parte inscripciones, leyendas, signos o marcas de ninguna clase, salvo las marcas y arañazos propias del paso del tiempo. Empezaba a pensar que su abuelo se había dejado llevar por su imaginación y sus deseos de descubrir algo excepcional cuando observó que una de las patas del atril tenía una pequeña imperfección. La miró más detenidamente y se percató de que aquella pata era ligeramente diferente a las otras tres. Levantó el atril unos centímetros del suelo y, con suavidad, lo tumbó con la intención de estudiar su base más cómodamente.

Sus maniobras habían terminado llamando la atención de su abuelo, y este se había incorporado de su silla y se aproximaba a él.

—¿Has encontrado algo? –le preguntó.

—Esta pata no es como las otras. Y es lo único que destaca, ya que no hay ninguna otra característica en este atril que indique que es especial.

—¿Qué es eso? –inquirió el anciano señalando un pequeño círculo que había en la base de la pata, cerca del cuerpo central del atril.

—No lo sé —contestó Brian—, parece un taco de madera de los utilizados para ensamblar piezas.

—Sí pero, de ser así, las otras patas deberían unirse del mismo modo y tendrían idénticos tacos, y no los tienen.

Brian se incorporó y dirigiéndose al escritorio cogió un abrecartas con forma de daga con la intención de utilizarlo para presionar en el pequeño círculo. Lo hizo varias veces pero no ocurrió nada. El taco de madera no parecía moverse.

—Nada. Esta atorado por el paso del tiempo. Probablemente no sea más que un elemento de unión de la pata.

—Quizás no estés descaminado —dijo su abuelo—. Es posible que sea, como tú dices, un elemento de unión, pero ¿por qué unir de esa manera sólo esa pata?

—Quizás se rompiera y hubo de ponerle una nueva, viéndose obligado su propietario a unirla de otra manera —contestó Brian.

—Sí, o puede que esa pata se pusiera con una razón muy diferente. Desmóntala —indicó con decisión.

Tras unos segundos de duda Brian se levantó, le dijo a su abuelo que debía coger unas herramientas del garaje y salió de la biblioteca. Su abuelo, a solas, contemplaba el objeto de madera fijamente.

—¿Qué secretos escondes? —y tras decir esto se dirigió a su mesa, se sentó en ella y consultó uno de los libros que horas antes había mostrado a su nieto.

Instantes después apareció Brian con una caja de herramientas y una lona. Extendió ésta sobre el suelo de la biblioteca y colocó sobre ella el atril. Se arrodilló y, extrayendo de la caja una pequeña taladradora sin cable, realizó un pequeño orificio de un par de centímetros de profundidad en el centro del taco de madera. A continuación atornilló un tornillo en el taladro realizado y con unos alicates hizo fuerza sobre el mismo, tirando de él hacia fuera. Varias gotas de sudor empezaban a recorrer su frente cuando el taco de madera se movió. Empezó por sobresalir apenas un milímetro para ir poco a poco saliendo de su emplazamiento. Finalmente, la totalidad de la pieza, de unos tres centímetros de largo, quedó fuera. La pata seguía en su sitio, Brian observó unos instantes y sujetándola con su mano derecha y agarrando el cuerpo central del atril con la izquierda, comenzó a aplicar un movimiento de vaivén sobre la pata. Tras unos instantes de esfuerzo comenzó a moverse separándose del cuerpo central, dejando al descubierto una pieza de madera que, perpendicularmente y unida a éste, se introducía en la pata, a modo de elemento de unión, unos diez centímetros. Cuando Brian realizó el último esfuerzo y ambas piezas se separaron, la violencia del gesto hizo que la pata se inclinara hacia detrás y luego hacia adelante, haciendo que de su interior, hueco, cayera sobre la lona un pequeño fajo de hojas de papel, atadas con una cinta medio rota de color marrón rojizo. Por unos instantes ambos hombres se quedaron inmóviles mirando aquel paquete. Finalmente Brian lo recogió del suelo y lo tendió a su abuelo.

—*Haz los honores.*

La llamada para su vuelo por la megafonía de la terminal le sacó de sus recuerdos. Se incorporó de su asiento y se dirigió a la puerta de embarque asignada. Unos minutos más tarde se encontraba cómodamente sentado en su asiento, junto a la ventanilla. Al poco de despegar se quedó dormido.

A la doctora Marion Hill le gustaba su trabajo, su máxima ilusión había sido desde niña ser médico. Averiguar grandes enigmas científicos, descubrir nuevos virus y, tras intensas semanas de trabajo, encontrar el medio de acabar con ellos. Finalmente, en la facultad de medicina, y con unos planteamientos algo menos románticos, optó por la patología forense.

Y allí estaba ella, con apenas dos años de experiencia, ante un cadáver o lo que quedaba de él. Los restos se encontraban en avanzado estado de descomposición y sería difícil fijar el momento de su muerte, ya que la exposición a las aguas fecales distorsionaba por completo los elementos habitualmente utilizados para ello. El contenido de bacterias y otros elementos corrosivos aceleraban el proceso de putrefacción, y el no saber con exactitud qué sustancias y en qué cantidad atacaron el cadáver, así como durante cuánto tiempo, hacían que la tarea resultase imposible. Tomó diferentes muestras para que fueran analizadas y se dedicó a realizar una inspección ocular de los restos. Ante sí tenía un torso humano y un cráneo en aparente buen estado, sin que se vieran fracturas o señales que indicaran golpes o disparos. Le faltaban las extremidades superiores y parte de las inferiores. Algo que no resultaba extraño, habida cuenta de su estado de conservación y de los múltiples roedores que habitan el subsuelo. De hecho se podían distinguir claras señales de mordiscos, características de esos animales, en los extremos de los huesos que en otro tiempo sostuvieron aquel cuerpo. Marion creía que se trataba muy probablemente de los restos de un varón y, mientras continuaba su análisis, inspeccionando el torso, llamaron su atención unas marcas poco habituales en la caja torácica. Nunca había visto nada igual en un cadáver, aunque enseguida sospechó lo que tenía ante sus ojos. Aún recordaba las diapositivas que mostraron en las clases de la facultad relativas a las marcas de mordeduras. Las dos marcas que se quedaron grabadas en su mente fueron las heridas producidas por el ataque de un tiburón y las del ataque de un cocodrilo. Aquellas filas de dientes eran difíciles de olvidar. Y aquellas señales eran, a su juicio, similares a las de un cocodrilo, aunque el mal estado del cuerpo hacía difícil un diagnóstico preciso.

Por unos instantes pensó que quizás su análisis se encontraba mediatizado, toda vez que no sería la primera vez que un animal de esas características acaba en las cloacas, arrojado por algún coleccionista de fin de semana. Con el temor de estar equivocada, temor de similares características al que sentía en su fuero interno por si tenía razón, decidió consultarlo con el forense jefe. Descolgó el auricular del teléfono de la sala de autopsias y llamó al despacho de Pitman.

—¿Harry?, soy Marion. Estoy realizando la autopsia a los restos encontrados ayer en las cloacas cerca de la sexta y he encontrado unas señales de dientes que...., bueno, creo que pueden ser de un cocodrilo o un caimán, pero quisiera que le echaras un vistazo y me dieras tu opinión. ¿Harry... me escuchas? —al otro lado no se escuchaba nada. Marion colgó y volvió a marcar por línea interna el número de Pitman, recibiendo como respuesta la señal de ocupado. Colgó de nuevo el aparato y giró sobre sí misma. La línea debía de haberse estropeado, decidió ir personalmente al despacho de Harry pero no fue necesario. El forense jefe entraba en ese momento en la sala de autopsias aparentemente agitado. Había recorrido los veinte metros de su despacho hasta la sala a paso acelerado, casi corriendo. Marion no supo qué decir, se quedó inmóvil viendo a su jefe dirigirse hacia la mesa donde se encontraban los restos. Pitman se inclinó sobre los mismos y procedió a estudiar las marcas. De pronto Marion se sintió aún más turbada. Su jefe había mirado, desde el primer momento, en el lugar donde se encontraban las marcas. Y ella no se lo había dicho. Finalmente se aproximó a la mesa, se situó junto a él y se mantuvo en silencio. Al cabo de unos instantes una idea cruzó su mente: ¡El asesino de mujeres!, el caso que Pitman llevaba personalmente, casi en secreto. Pero aquel cuerpo era de un hombre.

Cuando el doctor se incorporó le miró fijamente, interrogándole con la mirada y después de mirarla unos segundos habló.

—Yo me ocuparé de esta autopsia Marion. Es muy posible que se trate de algún saurio, como muy bien has visto —mintió Pitman— pero las señales no están del todo claras y debemos estar seguros. En cualquier caso advertiremos a la policía, pero esto no debe salir de esta habitación. Si vamos diciendo que hay un cocodrilo en las alcantarillas, sin estar seguros, podemos crear un estado de miedo innecesario entre quienes trabajan en el subsuelo. Y ello sin contar los ciudadanos deseosos de aventura que se internarán en las cloacas con la intención de cazar cualquier monstruo de más de un metro de largo.

—¿Pero si tenemos razón? —dijo preocupada.

—No te preocupes, avisaremos a la policía para que adviertan a las empresas que trabajan en el subsuelo y tomen precauciones.

—Bien —contestó la mujer resoplando—, casi prefiero esto.

—No te entiendo —dijo Pitman.

—Por un momento, al verte inclinado sobre el cadáver mirando las marcas sobre el cuerpo sin que yo te indicara dónde las había encontrado y con la forma en que te has presentado aquí, pensé que se trataba de otro asesinato más del lunático ese.

—No, no es un asesinato más, —mintió con gran esfuerzo— pero el ataque de un cocodrilo sí es bastante importante ¿no te parece? —y esbozó una sonrisa rezando para sus adentros para que resultase sincera.

En ese momento una voz sonó a sus espaldas e interrumpió aquella conversación para alivio de Pitman. Al girarse vieron a un individuo de porte atlético, impecablemente vestido, con aspecto de agente de bolsa, con una embaucadora sonrisa.

—¡Buenos días!, soy el sargento Monroe, de personas desaparecidas. Quisiera saber si han realizado la autopsia al cadáver encontrado en las cloacas.

—Soy Harry Pitman, forense jefe, y ésta es una de mis colaboradoras, la doctora Marion Hill.

—Mucho gusto –contestó el policía.

—En estos momentos, estábamos realizando la autopsia –continuó Pitman—. ¿Ha dicho que es usted de personas desaparecidas? ¿Tiene algún dato que permita identificar el cadáver?

—Esperaba que me los dieran ustedes. Tengo cuatro posibles candidatos para ese cuerpo.

—¿Cuatro candidatos? –preguntó Marion.

—Sí. A lo largo de las cinco últimas semanas se han recibido cuatro denuncias de desapariciones. Todas ellas de personas que fueron vistas por última vez trabajando –Monroe hizo una pausa casi teatral y sentenció– ...trabajando en las cloacas.

Se despertó sobresaltado, desorientado, finalmente recordó que se encontraba en un avión, cruzando el Atlántico camino a los Estados Unidos. Había estado soñando, pero apenas podía recordar el qué. La azafata se le acercó sonriente.

—¿Desea tomar alguna cosa?, he pasado antes, pero como le vi dormido no quise molestarle.

—¡Gracias!, no, no me apetece tomar nada.

—De acuerdo, pero si cambia de opinión, no dude en llamarme.

Mientras veía alejarse a la azafata, le vino a la mente de nuevo el asunto que le llevaba a América, y comenzó a recordar lo vivido meses atrás.

Seis meses antes

Lord Doyle cogió con excitación, temblándole las manos, el fajo de papeles que había caído desde el interior de la pata hueca del atril. Resultaron ser casi cien cuartillas de papel escritas a mano por una de sus caras con una caligrafía menuda, con los renglones apretados y sin apenas márgenes alrededor del texto. Tras un rápido estudio resultó ser un diario. Una historia increíble de un hombre, el doctor Fallner, que decía haber visitado otro mundo, haber conocido fuerzas y poderes inimaginables, seres abominables, y habiendo sido descubierto hubo de huir llevando consigo el conocimiento de aquellos seres. Unos libros conteniendo toda su sabiduría.

Pasaron ese día y el siguiente leyendo aquel diario, buscando en la biblioteca referencias acerca de aquella época e intentando encontrar algún dato que permitiera refutar aquella historia. Y lo que consiguieron fue convencerse de que aquella increíble historia tenía muchos datos verosímiles. Como aquella coincidencia entre la supuesta persecución a la que se vio sometido Fallner, en la que se vieron involucrados involuntariamente varios vecinos suyos. Historia reflejada en el libro de fray Angus de Laville, que relata cómo murieron horriblemente mutilados los miembros de una familia que, curiosamente, vivían en la casa de enfrente a la de Fallner. En aquella época, se pensó en algún ritual de brujería o cultos demoníacos y se sospechó del propio Fallner como responsable, ya que los hechos ocurrieron dos días después de su fuga del manicomio. Y tras el descubrimiento de los cadáveres de sus vecinos, sus hijos desaparecieron y no se supo nada más de ellos.

Lo inquietante de todo aquello era el final del diario, el terrible peligro al que la humanidad se dirigía si no se conseguía frenar aquel poder destructivo. Y la clave para todo ello se encontraba quién sabe dónde. Fallner era muy dado a los acertijos. La clave se encontraba en seis frases:

*«Debo ir sobre las aguas y el viento
Allí donde se encuentra el resto de la llave
Ellos seguirán mi camino
Si yo no lo logro, la estirpe será su portador
Será digno guardián de mi secreto.»*

La azafata le sacó de sus pensamientos.

—Señor, vamos a aterrizar, abróchese el cinturón.

Veinte minutos más tarde Brian desembarcaba con celeridad. Deseaba encontrarse con Tim y que éste le llevara a ver a la muchacha. Una vez en la terminal miró a su alrededor buscando a su amigo pero no lo vio. Buscó un banco donde sentarse a esperarle. No era la primera vez que llegaba tarde, así que, con resignación, tomó asiento y fijó su mirada en los accesos a la terminal. Al poco rato le llamó a su teléfono móvil, pero no obtuvo respuesta.

Holmes llegó tan rápido como su viejo coche se lo permitió. Una vez en el edificio caminó aceleradamente hasta el despacho de Pitman. Abrió la puerta sin llamar y se

detuvo en seco en el umbral. Harry no estaba allí. Cerró y se dirigió hacia las salas de autopsias. Encontró al doctor cuando este salía de una de ellas acompañado de una de sus ayudantes, a la que Holmes conocía de vista, y un tipo joven, alto, cuya cara le resultaba familiar. Quizás porque parecía tener pinta de poli.

—¡Ah, Holmes, ya estás aquí! —dijo Pitman—. Ya conoces a Marion, una de mis ayudantes, —Holmes asintió con la cabeza— y éste es...

—Sargento Monroe, de personas desaparecidas —se presentó él mismo—. Nos conocimos hace algunos meses. El asunto Lowell.

—Sí, ya recuerdo. Bien Harry —dijo Holmes fijando su mirada en el forense— ¿De qué querías hablarme?

—Será mejor que vayamos a mi despacho nosotros tres. Marion, encárgate de que nadie más que tú y yo estudiemos los restos y, cuando acabes, puedes irte a comer.

—De acuerdo Harry. Buenos días, señores.

Marion se dirigió de nuevo a la sala de autopsias mientras los tres hombres, en silencio, se dirigieron hacia la zona de administración. Al pasar por una de las puertas del pasillo central, Pitman se detuvo en seco.

—Creo que será mejor que entremos aquí. Es una pequeña sala de reuniones, estaremos más cómodos que en mi despacho y nadie nos molestará —y abrió la puerta de la sala.

Era una habitación pequeña, aunque más grande que su despacho; disponía de una mesa rectangular rodeada por media docena de sillas y, salvo por un par de cuadros en las paredes representando paisajes marinos, aquello podía ser una réplica de las salas de interrogatorios de la comisaría.

Los tres hombres tomaron asiento. Monroe miraba a Holmes. Holmes miraba a Pitman. Y éste miraba al enorme cenicero que se hallaba en el centro de la mesa. Tras unos instantes el médico habló.

—Ayer por la mañana, un empleado del Ayuntamiento, encargado del mantenimiento de la red de alcantarillado, encontró unos restos humanos en uno de los colectores. No se encontró mucho, pero había suficiente para realizar un análisis bastante exhaustivo. Dado la carga de trabajo que sabes que tengo, le encargué el trabajo a Marion, ya que es una de mis mejores colaboradoras. Al poco de iniciar la autopsia, esta mañana, encontró unas marcas de mordeduras en el torso del cadáver —hizo una pausa mientras mantenía la mirada en Holmes—. Este se removió en su silla pero no dijo nada. Monroe puso cara de póquer: ¡nadie le había hablado de mordeduras! Empezó a preguntarse qué pasaba allí. Él había ido a por información que pudiera contrastarse con las descripciones de las personas desaparecidas en las cloacas—. Marion pensó que se trataba de mordeduras de saurio, algún cocodrilo o caimán de pequeño tamaño.

—¡Caimán de pequeño tamaño! —exclamó Monroe. Holmes le lanzó una mirada cortante. El joven policía bajó la mirada y se hundió en su asiento.

—Marion, —prosiguió el doctor— al no estar muy segura o quizás ante la importancia de lo encontrado, me llamó para contrastar su diagnóstico con el mío. En ese momento apareció el sargento —y miró hacia el policía— y... creo que será mejor que él mismo te cuente lo que vino a buscar —Holmes y Pitman aguardaron a que el policía se incorporase ligeramente y apoyara sus brazos en la mesa. Tragó saliva y comenzó a hablar.

—Como ya le expliqué antes al doctor, en personas desaparecidas, tenemos cuatro denuncias de desapariciones, de otras tantas personas en la red de alcantarillado en las cinco últimas semanas. Tres corresponden a personas cuyos trabajos se desarrollan en dicha red. El cuarto caso es el de un muchacho que, en compañía de varios amigos, decidieron introducirse en los túneles como una aventura más. Pero se separó del grupo y no salió con sus amigos. Nadie le ha visto desde entonces. En todos los casos, la última que se les vio a todos ellos fue en las cloacas. Y las cuadrillas de búsqueda no encontraron nada. El último, que haría el quinto desaparecido, es el compañero del empleado del Ayuntamiento que encontró el cadáver con esas... esas mordeduras. Vine con la idea de conocer algún dato de la autopsia que nos permitiera identificar el cadáver, cotejando dichos datos con las descripciones físicas que tenemos de los desaparecidos.

—Lo extraño de todo esto —interrumpió Pitman— es el anormal número de desaparecidos en la red de alcantarillado.

—Sí —señaló Monroe—. Jamás había pasado nada igual. En el departamento estamos extrañados, aunque no lo calificamos como anormal. Lo cierto es que no existen pautas ni número máximo de personas que pueden desaparecer en las cloacas. Ahora bien, después de esto que acabo de oír acerca de un caimán, me preocupo, aunque sea de pequeño tamaño.

Se produjo un silencio en la habitación. Monroe no sabía que hacer o decir. Pitman esperaba la reacción de Holmes. Finalmente el capitán habló.

—¿Dices que el compañero del trabajador que encontró el cadáver ha desaparecido?

—En efecto —contestó Monroe—, parece ser que se separaron unos instantes debido a una torcedura en un tobillo. Su compañero fue a realizar el trabajo encomendado mientras le esperaba sentado. Al encontrar los restos humanos regresó a buscarlo y para avisar del hallazgo utilizando su equipo de comunicación. Cuando llegó al lugar donde había dejado a su compañero, éste ya no estaba. Sólo se encontró su reloj en el suelo, con la correa y la esfera rota.

—Quiero hablar con el empleado que encontró los restos —indicó Holmes.

—Le facilitaré sus datos.

—Necesito una copia de todos los expedientes.

—Tendrá que autorizarlo mi capitán —dijo Monroe algo sorprendido— aunque no entiendo...

—¡No!, nadie más que tú tiene que saber que tengo esos expedientes.

—Pero, no puedo hacer eso capitán, va contra...

—Sé que va contra las normas, pero debes entender algo. Estamos ante un caso muy especial, no podemos...

—Un momento –interrumpió Monroe–, usted es de homicidios, ¿qué interés pueden tener cuatro personas desaparecidas...? ¿Está investigando los asesinatos en serie de las jovencitas...! Pero los desaparecidos son hombres –su rostro reflejo sorpresa–. ¿Están relacionados? ¿Pero... las mordeduras de caimán...?

Holmes y Pitman intercambiaron sus miradas, sabían que tendrían que tomar una decisión con respecto a Monroe.

—Está bien Monroe –dijo Holmes–. Hay una posibilidad de que exista una relación entre los asesinatos y las desapariciones. Pero no puedo ni quiero arriesgarme a que se corra el rumor y aumente la preocupación en la calle. Bastante miedo hay ya.

—Lo comprendo –contestó Monroe–. Cuento con mi discreción.

—Contaba con ello, pero también quiero esos expedientes y que no lo sepa nadie. Y que me tengas informado de todo tipo de desapariciones que juzgues extrañas, además, claro, de las que se produzcan en las cloacas. Haz tu labor y te recomendaré para que te trasladen a donde quieras.

—Bueno, no me disgustaría trabajar en homicidios.

—Tomo nota.

—Hay una cosa que no me encaja –dijo Monroe–. Las mordeduras...

—En ocasiones –intervino Pitman– la gente cría pequeños caimanes en casa, hasta que crecen lo suficiente para no caber en su pequeña jaula o pecera. Y más de un irresponsable los tira por el retrete. No sería la primera vez que aparecen caimanes en las cloacas. Y lo gracioso del caso es que ayudan en las campañas de desratización. El problema es que no solo ratas... comen todo tipo de restos, incluidos los cadáveres.

—Entiendo –dijo Monroe.

—Si te das prisa –señaló Holmes– tendré esos expedientes en mi despacho esta misma tarde.

Monroe entendió la indirecta. Se levantó de la mesa, se despidió de ambos hombres y abandonó la habitación. Una vez solos y sin tener que medir sus palabras analizaron la situación.

—¿Estás seguro –comenzó Holmes– que las marcas de dientes son las mismas?

—Completamente. Por suerte el mal estado del cadáver ha contribuido a que Marion las confunda con las mordeduras de un saurio. Sólo he tenido que mantenerla en su error, aunque por un momento he estado a punto de delatarme. Fue una sorpresa para

mí encontrar aquellas marcas en aquellos restos. De haberlo sospechado, habría realizado personalmente la autopsia.

—Si las cosas son como parecen puede que sepamos dónde se esconden... Adónde llevan a las chicas y por qué nadie ha visto nada.

—Sin duda es un eficaz sistema para trasladarse.

—Pero siempre que demos por sentado que todos los desaparecidos han corrido la misma suerte.

—Algo me dice —sentenció Pitman— que, desgraciadamente, tenemos razón.

—Hoy mismo solicitaré del Ayuntamiento un plano de la red de alcantarillado. Quizás, si determinamos los lugares donde fueron vistos por última vez los desaparecidos, obtengamos una zona determinada donde buscar.

—¿Y después?

—Convencer al alcalde y al jefe de policía para montar una operación de rastreo en las cloacas.

Brian decidió no esperar más, habían pasado dos horas desde que aterrizó su avión. Era demasiado tiempo para pensar que Tim se había retrasado. Quizás habían surgido problemas y no pudo acudir a la cita. Extrajo de su bolsillo el trozo de papel en el que tenía apuntado la dirección del hotel en el que se hospedaba Tim y salió de la terminal a la búsqueda de un taxi que le llevara hasta allí.

Tardó unos minutos en subirse a uno. Le dio la dirección al conductor y procuró ocupar su mente. Empezaba a sentir una punzada en el estómago, la intranquilidad empezaba a adueñarse de él. Casi una hora después, y sospechando que el taxista le había dado un amplio paseo por la ciudad sin habérselo pedido, llegó a la dirección indicada. Brian descendió del coche y pagó al taxista. Giró sobre sus talones y miró de arriba a abajo el edificio. El cartel debió ser en tiempos una maravilla, pero en aquellos momentos era puro material de desecho. Comprobó que la dirección y el nombre del hotel eran los indicados por Tim. Resopló y lanzó una segunda mirada al edificio y a los alrededores. Decididamente, Tim siempre había tenido una vena para la tragedia clásica. Aquel hotel debía ser, sin duda alguna, inspiración para miles de escritores de novelas policíacas baratas. Entró en el edificio y se dirigió hacia un desvencijado mostrador que supuso sería la recepción. Tras él, un tipo grueso con una camisa hawaiana, estaba sentado leyendo un comic y fumando un enorme puro.

—Buenas tardes, busco a Tim Bradson, ¿se encuentra en su habitación?

El tipo aquel se quedó mirando fijamente a Brian por unos instantes. Retiró el puro de sus labios con su mano izquierda y desvió ligeramente su mirada hacia la

derecha. Brian se dio cuenta que estaba mirando por encima de su hombro y se giró para comprobar que era lo que llamaba la atención de aquel sujeto. Apenas había completado el giro cuando se encontró frente a dos tipos con cara de pocos amigos. Uno de ellos abrió su cazadora para que pudiera ver la empuñadura de su pistola, mientras el otro le mostraba una placa.

—¡Policía, acompáñenos!

La muchacha estaba de pie, frente a la puerta de su casa. Holmes estacionó el coche detrás del ocupado por sus hombres. Cuando la muchacha le vio, le saludó con la mano y descendió por las escaleras en su dirección. Cuando hubo llegado junto al coche el capitán le abrió la puerta.

—Buenas noches, capitán.

—Buenas noches, ¿qué tal se encuentra hoy?

—Mejor, gracias. Las molestias en el cuello comienzan a remitir y voy acostumbrándome a tener escolta. Casi creo que me empieza a gustar. Me siento como una estrella del rock.

—No se deje engañar por las candilejas, —bromeó Holmes— tarde o temprano uno acaba sintiendo el agobio de la escolta. Pero no se preocupe, pronto acabará todo.

Linda subió al coche, Holmes le cerró la puerta y, rodeando el vehículo, subió a su asiento y arrancó. Una vez incorporado al tráfico comprobó por el retrovisor que el coche con la escolta de Linda les seguía y comenzó a hablar.

—¿Dónde prefiere cenar: chino, mexicano, pizza, comida francesa, italiana, rusa, iraní?

—¡Cuánta variedad! —exclamó la muchacha—. ¿No intentará seducirme? —bromeó.

—¡Qué más quisiera!, ya no estoy para eso.

—No diga tonterías, estoy segura que aún tiene usted capacidad y talento para muchas cosas.

—Es usted muy amable, pero créame, estoy muy cerca del retiro. En todos los sentidos.

—Bueno, en ese caso, la humanidad ha perdido otro hombre interesante —y sonrió.

—Me alegra ver que ha recuperado el sentido del humor. Si algo me preocupaba era pensar que sufriría usted durante mucho tiempo las secuelas psicológicas del ataque.

—Sí, pero si seguimos tratándonos de usted voy a volver a preocuparme.

—De acuerdo, nos tutearemos.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Graham.

—Graham, –repitió Linda– hum..., me gusta más Holmes. Le llamaré Holmes, ¿le importa?

—Mientras yo no tenga que llamarla *Watson*.

—¡Oh, bueno!, si no queda más remedio –y rió– me conformaré con Linda.

—Perfecto.

—¡China! –exclamó Linda.

—¿Cómo dice? –preguntó Holmes.

—¡Comida china! Me apetece comida china.

—De acuerdo, conozco el lugar perfecto –sentenció Holmes.

El restaurante era acogedor. Cuando entraron, el dueño, un anciano oriental vestido con un típico traje de color negro y unas minúsculas gafas a punto de resbalar por su nariz hasta su labio superior, atravesó todo el local, sonriendo, para saludarles.

—¡Bienvenido capitán! Hacía mucho tiempo que no nos honraba con su visita.

—Sí, es cierto Lee –contestó Holmes–. Son los años, cada vez salgo menos.

—¡Tonterías!, la vida debe disfrutarse hasta el último segundo –y dirigió su mirada a Linda.

—Te presento a Linda, es una amiga –dijo el capitán.

—Mucho gusto señorita. ¿La mesa de siempre, capitán?

—Perfecto Lee.

—Acompañenme, por favor.

Siguieron al hombrecillo por entre las mesas hasta llegar a la elegida en uno de los rincones del local. Holmes ayudó a sentarse a Linda antes de hacerlo él mismo.

—¿Les traigo un té mientras eligen la cena? –preguntó servicial el anciano. Holmes miró a Linda interrogativamente y cuando ésta asintió dio el visto bueno al anciano, que se retiró con una ligera inclinación de su cuerpo.

—Es un lugar interesante –dijo Linda a la vez que lanzaba una mirada detenida al local–. Y él parece muy amable –añadió.

—Sí –contestó Holmes– el señor Lee y su familia han sabido darle ese toque casi mágico que hace que uno se sienta a gusto sin más. Es uno de esos sitios de los que no se puede dar una definición concreta o señalar qué es lo que lo hace especial, simplemente tienes la sensación de estar cómodo. ¿He dicho algo raro? –inquirió Holmes al ver la mirada de Linda.

—¡En absoluto! Me ha llamado la atención su forma de expresarse o, más bien, el tono en que lo ha hecho. Ahora estoy totalmente convencida de que tras esa fachada seria e imperturbable se esconde una personalidad compleja y profunda. Dentro de usted hay algo más que su trabajo y el horror de los asuntos que investiga.

—Esta bien, no siga por ese camino —la interrumpió levantando su mano derecha y agitándola como un limpiaparabrisas—. No está bien que usted descubra cosas de mí. Yo soy el investigador y usted la testigo —y esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, pero no conseguiré hacerme creer que es una roca.

—Bien, de todos modos yo tampoco creo ser una roca. Y ya que estamos en terreno personal, cuénteme cosas de usted, hemos venido a cenar y a charlar sobre usted.

—¿Sigue pensando que puede haber una conexión entre el ataque que sufrí y mi pasado?

—Su pasado, su presente o su futuro. Quizás la atacaron por algo que usted desconoce o que conoce o que no debe conocer. ¿Le suena el nombre de Timothy Bradson?

—No, ¿quién es?

—El individuo que la seguía. O al menos ese es el nombre que dio en el hotelucho donde se hospedaba. Tuvimos un golpe de suerte. De manera rutinaria enseñamos la fotografía en hoteles de bajo nivel y sitios frecuentados por individuos poco recomendables. Y uno de los porteros de un hotel lo reconoció.

—Jamás había oído ese nombre.

—Pues habrá que seguir con la tesis de la conexión con su pasado.

—Sí, pero todo esto no encaja con los ataques y asesinatos de mujeres. Yo no tengo nada que ver con ellas, salvo el sexo. Y de ser así el asesino o asesinos las eligen al azar.

—Su razonamiento es correcto y, hasta su ataque, estaba convencido de ello. Pero el hombre que apareció muerto junto a usted me plantea una serie de interrogantes que me intranquilizan. ¿Por qué la seguía ese hombre? Si era con malas intenciones ¿por qué no disparó contra usted o por qué no dejó a quienes la atacaron que acabasen con usted?

—Quizás estaba con ellos.

—En ese caso, ¿Por qué le mataron?

—Sí, es cierto, no tiene sentido. Pero también es posible que buscara otra cosa: robarme, por ejemplo.

—Es una posibilidad, pero no parece probable. Tanto trabajo siguiéndola para robarle unos cuantos dólares o las llaves de su apartamento. No, no es el modo de trabajo de un ladrón. Decididamente, no puedo encontrar una explicación a la presencia de ese hombre. Y, mientras no lo sepa, mi instinto me dice que debo considerar la posibilidad de que se encuentre ligado a su ataque de algún modo. Y si eso es cierto, significaría que nos encontramos ante dos posibilidades. La primera que se trate de una

vinculación con la totalidad de los ataques, es decir que sabía que usted sería la siguiente víctima o podía ser una de ellas, lo que por cierto me lleva en este momento a considerar que existen otras víctimas potenciales en lo que podría ser un plan preconcebido. Y la segunda, que la relación de ese tipo con usted sea por causas no relacionadas con los crímenes anteriores, lo cual nos llevaría a la existencia de un hipotético peligro contra su persona.

Linda estaba inmóvil mirando al capitán, hubo unos segundos de silencio, los dos se miraban a los ojos fijamente. Aquel silencio se quebró por la llegada de uno de los camareros que les sirvió el té que habían encargado. Cuando se marchó tras poner delante de cada uno una taza llena de la bebida continuaron la charla.

—¿Me está diciendo que sigo en peligro? —dijo Linda.

—Ojalá pudiera decir que no, pero no puedo descartar ninguna hipótesis en este momento. Necesito saber todo lo que pueda sobre usted para tratar de encontrar algo que aclare lo sucedido.

—Muy bien, por dónde puedo empezar, hum... veamos, nací en un pequeño pueblo de California llamado Stonerville. Soy hija única, mis padres murieron hace unos dos años, en un accidente y...

—¿Cómo murieron exactamente?

—Bueno... —Linda dudaba, parecía que le costaba—, la casa en la que vivíamos se incendió, no se sabe muy bien como sucedió, parece que alguien entró a robar, mis padres le sorprendieron y quizás un disparo o puede que hubiese lucha, el caso es que se produjo un incendio y una explosión de gas.

—Lo siento, ¿no tiene más familia?

—No. Bien, continuaré con el relato de mi vida: estudié en Stonerville hasta que me gradué en el instituto. Acudí a la Universidad de California durante dos años y desde hace una año estudio aquí, en la Universidad de Nueva York, gracias, como ya le conté, a una beca que... —dejó de hablar y se quedó mirando a la puerta del establecimiento—. O mucho me equivoco o vamos a tener que posponer de nuevo nuestra reunión —dijo a continuación con un leve gesto de contrariedad.

Uno de los policías que escoltaban a Linda se aproximaba a ellos, llegó a la mesa justo cuando Holmes se percató de lo que ocurría.

—Disculpe capitán, pero han llamado de su oficina, parece ser que tienen a un sujeto que fue a encontrarse con el tipo ese que mataron cuando... —y señaló con la mirada a Linda.

—Gracias. Acompañen a la señorita a su casa o... —y se dirigió a Linda— ¿prefiere cenar aquí y regresar después a su casa? —en ese momento se acercó Lee—. Quizás Lee pueda contarle historias y leyendas de sus antepasados.

—No me lo diga, capitán, ¿tiene que irse sin cenar? —dijo el anciano y, dirigiéndose a la muchacha—, siempre hace lo mismo, apenas media docena de veces le he

visto acabarse una cena. Pero usted no debe sufrir las consecuencias, yo me ocuparé de que cene en condiciones. Así la próxima vez que vea a este viejo oso le podrá contar todo lo que se perdió.

—¡Decidido entonces! —exclamó Linda—. Cenaré sola y con la esperanza de poder acabar alguna vez una conversación con usted —terminó dirigiéndose al capitán.

—Lo siento mucho. Lee se ocupará de usted a las mil maravillas, la llamaré —y abandonó el local.

—¡Estupendo! —exclamó el anciano— no se preocupe de nada, ni siquiera de elegir la comida; yo me encargaré de todo.

—De acuerdo —contestó Linda— pero no se olvide la parte en que debe contarme historias.

—No lo olvido, pero ese plato viene en el postre —y sonriendo se alejó.

La mujer policía le había traído un café solo en un vaso de plástico, le había sonreído y salió de la habitación sin mediar palabra. Llevaba allí cerca de una hora sin que nadie le diese explicaciones. Era inconcebible, se suponía que estaba en un país democrático, y sin embargo dos policías le habían metido en un coche, conducido hasta las dependencias policiales, y tras un «espere sentado en esta habitación hasta que venga el capitán», nadie se había dignado a aclararle lo que sucedía.

Lamentablemente, aquello sólo podía significar una cosa, que Tim tenía problemas. Los policías estaban en el hotel en el que se hospedaba y a él no le habían detenido, sólo le habían trasladado amablemente a comisaría para «hablar con el capitán». Por otra parte, su amigo no había acudido al aeropuerto a recibirle. Decidió armarse de paciencia y esperar, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Hasta que no tuviese la certeza de que Tim estaba bien no dejaría de preocuparse.

Al cabo de unos minutos se abrió la puerta y apareció un sujeto enorme con aspecto de empleado de banca. Se situó frente a Brian, al otro lado de la mesa, de pie, mientras uno de los policías que *tan amablemente* le habían traído hasta aquel lugar, cerraba la puerta y se quedaba con su cuerpo recostado contra la misma.

—Buenas noches, soy el capitán Holmes.

—¿Está de broma?, —dijo Brian perplejo— ¡Holmes!, ¿como Sherlock...?

—¡Sí, como ese Holmes! —le interrumpió el capitán irritado—. ¿Y usted es...? —y consultó una carpeta que dejó sobre la mesa a la vez que se sentaba— Brian...

—Doyle, Brian Doyle, igualito que Conan Doyle —ironizó Brian— una curiosa coincidencia, ¿No le parece?

—Está bien, dejémonos de tonterías. ¿De qué conoce usted a Timothy Bradson?

—¿Se encuentra bien? ¿Le ha ocurrido algo?

—¿Qué podría ocurrirle? —preguntó el capitán con la mirada clavada en Brian.

—¡No lo sé! Dígamelo usted, que es quien me ha ofrecido un paseo turístico por Nueva York y me ha deleitado con una muestra gratuita del famoso *café solo al estilo de la policía de N.Y.* —y levantó el vaso de plástico de la mesa imitando un brindis.

—¿De qué conoce a Timothy Bradson? —preguntó de nuevo Holmes.

—Somos amigos, estudiamos juntos en Oxford y, de cuando en cuando, nos hacemos visitas. Unas veces de cortesía y otras de trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Antropología.

—¿Me toma el pelo? —dijo Holmes sin poder evitar un gesto de extrañeza.

—En absoluto. Tim es licenciado en antropología por Oxford y doctor por la Universidad de Dallas. Es profesor en la Universidad de Nuevo México y toda una autoridad en civilizaciones americanas, en especial centro y sudamericanas. Ha publicado numerosos trabajos en todo el mundo. En lo que a mí se refiere, soy doctor en la misma especialidad por Oxford, en donde igualmente imparto clases. Y también he hecho mis pinitos como investigador, publicando trabajos. Puede comprobar todo lo que le he dicho llamando a las universidades citadas o, incluso, si se pone al habla con el doctor Willianson, de la Universidad de Nueva York, él podrá confirmarle todo lo que le he contado.

Holmes estaba petrificado, llevaba muchos años realizando interrogatorios y podía adivinar cuando el sujeto que tenía delante le estaba engañando. ¡Aquel tipo le estaba diciendo la verdad, ¿por qué si no facilitaba aquellos datos que se podían comprobar con cierta facilidad? Sí, estaba seguro que las comprobaciones corroborarían que todo lo dicho por aquel individuo era cierto. Pero entonces, ¿qué había llevado a un profesor de antropología a seguir a Linda Palmer y salvarla de un ataque mortal? y ¿por qué un colega británico de aquel, cruzaba el atlántico para reunirse con él, justo en aquellos momentos?

—Dice usted —continuó Holmes— que su amigo es profesor en Nuevo México.

—En efecto —contestó Brian.

—¿Qué hacía él aquí?, y ¿por qué se iban a reunir en esta ciudad?

—Estamos de vacaciones en nuestros respectivos trabajos como profesores y pensamos que Nueva York era un lugar idóneo para pasar unos días, antes de dirigirnos a California.

—¿Espera que me crea eso? ¿Me está diciendo que dos profesores de prestigio se hospedarían en ese hotel de mala muerte? Sé que los profesores de universidad no se hacen ricos, pero no creo que cobren tan poco como para no poder permitirse algo mejor. Inténtelo otra vez.

—¿Por qué cree que le estoy mintiendo? —mintió Brian—. ¿Qué oscuros motivos ve usted en la reunión entre mi amigo y yo?

—No lo sé, cuéntemelo usted —y, abriendo la carpeta, extrajo una foto y se la tendió a Brian.

Este la cogió con su mano y apenas la hubo mirado la dejó caer en la mesa.

—¡Dios mío! —se tapó el rostro con ambas manos, apoyando los codos sobre la mesa.

Holmes recogió la foto tomada en la escena del crimen en la que se podía ver el cuerpo de Tim, la guardó de nuevo en la carpeta y esperó a que Brian se recuperara. Cuando retiró las manos de su rostro le preguntó de nuevo.

—¿Me dirá ahora la verdad?

—No hay nada que contar —contestó Brian intentando mantener la mente despejada— sólo sé que íbamos a pasar juntos un par de semanas —mintió— ¿Cómo murió?

—No lo sabemos, le causaron heridas tremendas, murió en el acto.

—¿Estaba sólo?, ¿había alguien más cuando le atacaron?

Holmes dio un salto en la silla.

—¿Por qué me pregunta eso?, ¿es que su amigo estaba acompañado? —preguntó impaciente el capitán.

—¡No! eh... bueno, no sé, se me ha ocurrido que...

—¿Conoce usted a Linda Palmer?

—No. ¿Estaba con Tim?

—¿Debería haber estado?

—No sé, como hablamos del asesinato de Tim, debo suponer que esa tal Linda tiene alguna relación con su muerte, cuando usted me pregunta por ella.

—¿Piensa regresar a Inglaterra?

—¡Por supuesto que no! Debo ocuparme de mi amigo.

—¿Tenía familia?

—No, sus padres murieron siendo niño y no estaba casado; vivía dedicado a su trabajo y a sus múltiples conquistas.

—De acuerdo. Necesitamos que identifique el cadáver. Nos ocuparemos de facilitarle toda la documentación para que se pueda hacer cargo de los restos de su amigo. ¿Se hospedará en el mismo hotel que estaba él?

—Tengo reservas en el Paramount.

—Muy bien, pero si cambia de opinión sobre lo que me ha contado, y recuerda algo que olvidó contarme llámeme —y le tendió una de sus tarjetas.

—Si recuerdo algo le llamaré.

—Gracias. Anthony le acompañará al depósito y después le llevará a su hotel.

—¿No se fía de mí?

—No me interprete mal, ya sabe lo que dicen de Nueva York y los peligros que acechan. Prefiero dormir tranquilo sabiendo que está usted sano y salvo en su hotel.

Mientras abandonaba la habitación seguido del policía que supuso que sería Anthony, Holmes se dirigió a su compañero.

—Que no lo pierdan de vista, quiero que lo vigilen las veinticuatro horas, pero con discreción —el policía asintió y se marchó.

Brian caminaba mecánicamente, todavía no había conseguido aceptar la muerte de su amigo. Subió al coche de la policía y, allí, sentado en la parte de atrás, perdía su mirada a través de la ventanilla pero sin ver nada. No fijaba su atención en las calles de la ciudad, sólo tenía la imagen del cuerpo sin vida de su amigo en su mente. Cuando llegaron al depósito su comportamiento fue idéntico. Caminaba tras el policía como un autómeta. Finalmente se detuvieron y se percató que había una tercera persona con ellos. Un hombre mayor con el pelo cano, con unas minúsculas gafas y vistiendo una bata blanca. Abrió una de las cámaras frigoríficas tirando de la plataforma hasta que ésta asomó algo más de un metro. Sobre ella, una sábana blanca cubría un cuerpo. Aquel hombre retiró lentamente una de las esquinas de la tela dejando al descubierto el rostro pálido de Tim. Brian lo miró unos instantes y se dio la vuelta. Taparon de nuevo el rostro de su amigo y lo introdujeron de nuevo en la cámara.

—¿Lo identifica usted? —preguntó el policía.

—Sí—contestó Brian—, ¿cómo murió? —le preguntó al hombre de la bata blanca.

—Una herida en su cuello de gran magnitud.

—¡Yo no he visto esa herida!

—Sí, bueno; he levantado la parte izquierda de la sábana, la herida estaba en el otro lado, he pensado que no sería muy agradable para usted.

—Quisiera hablar con la persona que hizo la autopsia.

—Ya lo está haciendo. Soy el doctor Pitman, —dijo a la vez que tendía su mano— jefe del departamento forense.

—Yo soy Brian Doyle —y estrechó la mano del doctor—. Era mi mejor amigo. Me gustaría saber todo acerca de la autopsia.

—Bueno... no sé si debo hacerlo —balbuceó— forma parte de una investigación policial, y...

—Escúcheme bien, —dijo Brian mirando fijamente al doctor— era mi amigo y ha muerto por algo que aún no alcanzo a comprender, y estoy seguro que usted tampoco, ¿me equivoco?

El doctor miró preocupado a Brian y luego al policía, finalmente asintió con la cabeza y señaló hacia un pasillo.

—Mi despacho está por allí, acompañeme. Usted —le dijo al policía— puede esperar en aquella sala.

Entraron en el despacho del forense y tomaron asiento, Harris rebuscó entre su montaña de papeles hasta que encontró lo que buscaba, una carpeta bastante voluminosa. La abrió y extrajo un par de hojas.

—Lo que voy a contarle puede que me cueste un disgusto con el capitán Holmes, responsable de esta investigación, pero quizás usted pueda aclararme algunas cosas —dijo el doctor sabiendo que no le sucedería nada. Minutos antes de llegar, había recibido una llamada de Holmes avisándole de la llegada de Brian y habían acordado que intentaría sonsacarle, ya que el capitán estaba seguro que ocultaba algo y que su llegada a los Estados Unidos estaba vinculada a la muerte de su amigo—. Veamos, su amigo sufrió un fuerte traumatismo en el hombro derecho y cuello que le causó una enorme pérdida de sangre, aunque su muerte creo que se produjo de manera instantánea debido a la gravedad y magnitud del trauma. La herida es tan grande como mi mano y profunda como un puño.

Sabemos que utilizó un revolver, —continuó— encontramos sus huellas dactilares, así como restos de pólvora en su mano derecha, pero no sabemos a quién disparó. La muchacha que encontraron inconsciente junto a él no estaba herida, salvo algunas magulladuras en el cuello. Una de las hipótesis con las que trabaja la policía —mintió— es que la pudo atacar, y...

—¡Eso es imposible! —grito Brian.

—Bueno, a veces uno cree conocer a las personas y luego estas actúan de manera diferente a como esperamos.

—¡Tim no haría daño a nadie!

—Puede ser, pero quizás haya cambiado desde la última vez que lo vio, quizás conoció a la muchacha, pensó que era una conquista fácil y cuando ella se negó...

—¡No diga tonterías! ¡Tim no...! —en ese momento se dio cuenta de lo que sucedía. Interiormente se llamó idiota por dejarse engañar de aquel modo. Era evidente que le estaba intentando provocar para sonsacarle algo. Al fin y al cabo el forense no era sino la parte científica en toda investigación criminal. Seguramente, en cuanto abandonó la comisaría, el capitán se habría abalanzado a un teléfono para hablar con el forense. ¿Cómo no se había dado cuenta anteHs? Debió de pensar en lo extraño que resulta que el jefe del departamento forense, acuda en persona a la identificación de un cadáver. Se tranquilizó y continuó hablando—. Tim no haría una cosa así, no era un donjuán, y con las mujeres era exquisito. Estoy seguro que en la declaración de

la muchacha no aparece mención alguna de comportamientos extraños. Es más, apostaría algo a que no conocía a esa muchacha.

—¿Cómo puede estar seguro de eso?

—Hablé con él por teléfono el día que lo mataron y me dijo que no se encontraba bien, que se iba a quedar todo el día en el hotel viendo la televisión.

—Pues parece que cambió de opinión.

—Sí, pero eso no explica lo sucedido.

—Exacto, hay muchas cosas que quedan por aclarar; no sabemos que pudo atacarle.

—¿Cómo que *qué pudo*? ¿Qué quiere decir? —dijo Brian intentando que no se notara su nerviosismo.

—Bueno, las heridas de su amigo o, mejor dicho, la herida... —el doctor dejó de hablar, pero Brian no picó y se mantuvo igualmente en silencio, mirándole fijamente—. No sabemos qué las pudo causar —dijo finalmente el doctor— estamos totalmente sorprendidos. El tamaño y forma de las heridas no coinciden con nada que conozcamos.

—No comprendo a dónde quiere ir a parar —mintió Brian.

—Creemos que pudo ser un animal desconocido.

—Veamos, usted dice que fue un animal, ¿pero si es así cómo puede ser desconocido?, que yo sepa todos los animales, para recibir tal calificativo, son conocidos.

—Eso es lo extraño, las heridas parecen mordeduras, pero no pertenecen a nada que conozcamos.

—Ahora sí que no entiendo nada. Según lo que usted me cuenta, mi amigo murió como consecuencia del ataque de un *animal desconocido*, cuando perseguía a una jovencita.

—Bien, es una hipótesis.

—¿Y qué le parece esta otra?: mi amigo, harto de ver la televisión, decide dar un paseo y se encuentra a una joven que está siendo atacada por un... *animal desconocido* y, en un intento por salvarla, muere.

—También podría ser, pero no explicaría la presencia de su amigo por la mañana en la universidad donde estudia la muchacha.

« ¡Eso era!», pensó Brian; la chica había identificado a Tim y sospechaban algo. Pero probablemente no fueran nada más que sospechas. Estaban dando palos de ciego.

—Bueno, quizás fue una coincidencia —dijo Brian más tranquilo— o quizás no era mi amigo la persona que vio la muchacha. Por otro lado, mi amigo es... quiero decir, era profesor en Nuevo México, quizás fue a visitar a algún colega.

—Debo reconocer que es una posibilidad, pero el capitán Holmes no piensa lo mismo.

—Sí, ya lo he visto, pero no puedo hacer nada para que cambie de opinión: mi trabajo no es investigar muertes extrañas. Supongo que deberemos esperar a que finalice la investigación, si es que finaliza. Y entonces confío en ver el nombre de mi amigo limpio de cualquier especulación. Una última cuestión, doctor: ¿alguien ha investigado a la muchacha?

—¿Por qué me pregunta eso? ¿Tiene algún interés en ella?

—No, ninguno, pero me pregunto si no estará la policía investigando a la persona equivocada; ¿por qué sospechar de mi amigo y no de esa muchacha?

—Ya, bueno, según todos los indicios ella también fue atacada —dijo el doctor un poco confundido. Brian sonrió para sus adentros, ya que el fin perseguido con aquella conversación se había vuelto contra el forense y el capitán.

—¿Por los *animales desconocidos*? —ironizó Brian.

—No se sabe, —contestó el doctor, que empezaba a sentirse molesto— pero el capitán ha descartado que ella sea responsable del ataque.

—Ya entiendo. Bien doctor, gracias por atenderme.

—Es mi trabajo.

Brian abandonó el despacho del forense y se encontró con el policía que le escoltaba. En cuanto hubo cerrado la puerta, Pitman marcó el número telefónico de Holmes, sólo escuchó dos señales antes de que el capitán contestara.

—¡Capitán Holmes!

—Graham, soy Harry; acaba de marcharse.

—Y bien, ¿qué opinas?

—No estoy seguro, a juzgar por su reacción no sabe nada de lo ocurrido a su amigo, pero ha habido momentos en que me ha hecho dudar de la sinceridad de sus palabras.

—Hum... Es más inteligente de lo que pensamos. En cuanto salió de la comisaría me he puesto en contacto con algunas personas influyentes y, según he podido saber, tanto el fiambre como el inglés son dos auténticas estrellas del firmamento científico. Además, cualquiera de ellos tiene, o tenía en el caso del muerto, más dinero del que tú y yo ganaremos en diez vidas. Y no te mencionaré los contactos de ambos.

—Entonces ¿piensas que oculta algo?

—¡Es evidente Harry! ¿Qué diablos pinta un ilustre profesor universitario norteamericano, con una fortuna considerable, viviendo como un cavernícola en un hotel de mala muerte? ¿Y qué pinta una especie de clónico inglés del anterior apareciendo, justo cuando su amigo ha muerto, para pasar unos días juntos? No, Harris, sin ninguna duda están relacionados ambos sujetos con lo ocurrido, pero no sé todavía como.

—Tú eres el poli, y supongo que tu instinto te avisa de esas cosas, pero yo no he visto nada raro.

—Sí, y eso me preocupa. Si es capaz de engañarte, será difícil descubrir lo que oculta. He pedido un par de favores, espero recibir en breve un informe completo sobre ambos, espero que me sea útil. Gracias por todo, Harry.

—Ha sido un placer. Mantenme informado.

El policía le acompañó hasta la recepción del hotel permaneciendo a su lado mientras se registraba. El recepcionista le entregó una nota en el interior de un sobre abierto mientras le daban la llave. Abrió ligeramente la hoja de papel doblado y sintió un escalofrío al reconocer la letra de Tim. Volvió a guardar la nota y siguió los pasos del botones. Viendo que el policía le seguía hasta el ascensor se giró y le habló.

—¿Tiene usted orden de acompañarme a la habitación y arroparme?

—No señor –contestó el policía un poco azorado–, sólo quería asegurarme que llegaba usted bien a su habitación.

—No creo que me pase nada desde aquí, buenas noches.

—Buenas noches –contestó el policía, alejándose acto seguido.

Una vez en su habitación le dio la propina al botones, y antes de que éste la hubiese abandonado estaba leyendo la nota de Tim:

Querido Brian:

Tal y como quedamos, espero tu llamada para que vayamos juntos a ver algún espectáculo en Broadway. Lucy y los niños estarán fuera hasta el próximo martes.

Saludos.

John Smith

P.D. ¿No habrás olvidado mi encargo, como hiciste en Perú?

¡El bueno de Tim! Le había dejado aquella nota con la seguridad de que Brian lo entendería. Aquel nombre era el que usaban en Oxford, en sus tiempos de universidad, cuando salían de conquistas femeninas y necesitaban interrumpir alguna conversación, o recibían llamadas femeninas en su apartamento, y no querían que las otras chicas que estaban con ellos se enterasen. Al final, como las llamadas del tal John Smith eran constantes, sus amigas empezaron a preguntar y a Tim se le ocurrió decir que era un viejo amigo de su familia que llevaba algunas inversiones para él y Brian.

Si no se equivocaba, lo que Tim le decía en su nota era que su amiga Lucy, a quien conoció años atrás en una de sus *escapadas locas* y que era bailarina de coro,

estaba en Broadway y tendría algo para él. No era la primera vez que ella hacía de correo para Tim.

Un sentimiento de tristeza le embargó. Aquello, muy probablemente, significaba que Tim sentía el peligro cerca y decidió poner a salvo la información que tenía. Y, sin embargo, cuando hablaban por teléfono no sentía que su amigo estuviera más preocupado de lo esperado, dadas las circunstancias. De haber sospechado algo, habría volado inmediatamente desde Inglaterra.

Deshizo su equipaje con rapidez, se cambió de ropa y abandonó su habitación, y una vez en el vestíbulo solicitó en la recepción, información sobre los espectáculos en Broadway. Sintió un gran alivio, cuando comprobó que el espectáculo en el que trabajaba Lucy seguía en cartel. Hubiera sido bastante más complicado de no ser así, ya que tendría que haber ido espectáculo por espectáculo hasta dar con Lucy.

Se tendió en la cama y su mente, de nuevo, fue en busca de los recuerdos de las últimas semanas. Era evidente que iban detrás de Linda Palmer. Ella era la clave para llegar hasta la llave. Pero no sabían cómo era, ni siquiera estaba seguro de que Tim la hubiese encontrado, aunque siempre había sido una persona concienzuda y muy inteligente. Por unos instantes, recordó cómo le había conocido en la universidad, cómo a él y a todos sus compañeros les sorprendió aquel americano con aquellas pintas. Resultaba evidente que no era un producto de los estrictos ambientes colegiales británicos. Su forma de vestir era tremendamente descuidada y difícilmente calificable. Pero resultó ser uno de los más brillantes alumnos que jamás pasaron por aquellas aulas, además de ser el hijo de un importante hombre de negocios tejano, cuya fortuna fue a parar a manos de Tim cuando aquél y su madre se mataron en un accidente de aviación durante unas vacaciones por África. Pronto se hicieron amigos. El hecho de compartir una pasión común, como era la antropología, facilitó mucho las cosas. Acabada la universidad se mantuvieron en contacto, visitándose una o dos veces al año, haciendo coincidir, siempre que podían, las visitas con trabajos de investigación que alguno de ellos tuviese en curso.

Sólo a él le pudo contar la historia de Fallner. Era la única persona que tendría la mente lo suficientemente abierta y la confianza necesaria para no tomarle por loco. Además, las investigaciones de su abuelo y suyas situaban a Fallner en Estados Unidos y Tim podría hacer uso de sus contactos, de los amigos de su padre, para buscar las huellas de Fallner en América.

No fue difícil llegar a la conclusión de que Fallner había huido a América. Pero, una vez allí, no se podía seguir sus pasos: en aquella época no había registros de entrada ni controles de ninguna clase, y los pocos datos que pudieran registrarse hoy estarían destruidos o perdidos. Pero fue Tim quien encontró la respuesta.